N.º 29—Biblioteca de "La Revista de Chile"

EL MANDARIN

POR

EÇA DE QUEIROS

Novela traducida del portugues por

ABELARDO VARELA

SANTIAGO, CHILE
IMPRENTA MODERNA
2015 CALLE DE LA MONEDA
—
1900

10999

PRÓLOGO.

1.er AMIGO (*bebiendo coñac con soda, bajo los árboles de una terraza, a la orilla del agua*).—Camarada, en medio de estos calores del estío, que embotan el injenio, descansemos del áspero estudio de la Realidad humana..... Partamos hácia los campos del Ensueño, a vagar por esas azuladas colinas románticas en donde se alza la torre abandonada de lo Sobrenatural i fresco musgo cubre las ruinas del Idealismo..... ¡Fantaseemos!

2.º AMIGO.—Pero sobriamente, camarada, parcamente!..... I como en las sabias i galantes alegorías del Renacimiento, mezclando siempre una discreta Moralidad.....

(*Comedia inédita*).

I.

ME llamo Teodoro; i he sido amanuense en el Ministerio del Reino.

En aquel tiempo vivia yo en la calle de la Concepcion, número 106, en la casa de pension de doña Augusta, viuda del mayor Marques. Tenia dos compañeros: Cabrita, empleado en la Administracion del barrio central, flaco i amarillo como un cirio mortuorio; i el soberbio, el exuberante teniente Couceiro, gran tocador de viola francesa.

Mi existencia era dulce i bien equilibrada. Durante la semana, en mangas de brillantina, ante el pupitre de mi seccion, iba desparramando con una hermosa letra cursiva, sobre el papel Tojal del Estado, estas sencillas frases:

"*Ilmo.* i *Exmo. Señor, Tengo la honra de comunicar a V. Exca., Tengo la honra de pasar a las manos de V. Exca., Iltmo* i *Exmo. Señor.*"

Los domingos descansaba: instalábame entónces en el canapé del comedor, con la cachimba entre los dientes, i contemplaba a doña Augusta, que, los dias festivos, lavábale con clara de huevo la cabeza al teniente Couceiro. Esta hora, sobre todo en el verano, era deliciosa: por las ventanas medio cerradas penetraba el aliento del bochorno, algun repique distante de campanas de la Nueva Concepcion o el arrullar de las tórtolas; el monótono susurro de las moscas balanceábase sobre la vieja tela de cambrai, antiguo velo nupcial de la señora Marques, que cubria ahora en el aparador los platos de cerezas; poco a poco el teniente, envuelto en un lienzo como un ídolo en su manto, se adormecia bajo la suave friccion de las cariñosas manos de doña Augusta, i ella, levantando el dedo meñique blanquito i gordete, repasábale el peinecillo sobre los cabellos lustrosos... Entónces, enternecido, yo le decia a la deliciosa señora:

—¡Ai, doña Augusta, usted es un ánjel!

Ella reia; me llamaba *compunjido!* Yo sonreia, sin escandalizarme. *Compunjido* era en efecto el

nombre que me daban en la casa—por ser flaco, entrar a todas partes con el pié derecho, temblar a ratos, tener a la cabecera de la cama una litografía de Nuestra Señora de los Dolores que perteneciera a mi madre, i andar siempre encorvado. Desgraciadamente me encorvo, por lo mucho que doblé el espinazo en la Universidad, reculando como un pájaro asustado en presencia de los señores Lentes, i por la costumbre que tenia en la oficina de inclinar hasta el polvo la cerviz delante de mis Directores Jenerales. Esta actitud, por lo demas, conviene al bachiller; ella mantiene la disciplina en un Estado bien organizado, i a mí garantíame la tranquilidad de los domingos, el uso de alguna ropa blanca i veinte mil reis mensuales.

No puedo negar, sin embargo, que en ese tiempo yo era ambicioso—como lo observaban sagazmente la señora Marques i el alegre Couceiro. No ajitaba mi pecho el apetito heróico de dirijir, desde lo alto de un trono, vastos rebaños humanos; no era que mi alma loca aspirase jamas a rodar por el Bajo en carruaje magnífico seguido de un correo al trote;—pero me picaba el deseo de poder comer con champagne en el Hotel Central, estrechar la delicada mano de las

vizcondesas i, por lo ménos dos veces a la semana, adormecerme en éxtasis mudo sobre el fresco seno de Vénus. ¡Oh, mozos que os dirijíais rápidamente a San Cárlos, forrados en valiosos paletoes, en los cuales blanqueaba la corbata de *soirée!* ¡Oh viejos carricoches repletos de andaluzas en alegre marcha a los toros!—¡cuántas veces me hicisteis suspirar! Porque la certidumbre de que mis veinte mil reis mensuales i mi aspecto compunjido me escluian para siempre de esas espansiones sociales, heria mi pecho como una flecha que se clava en un tronco i queda vibrando por mucho tiempo!

Aun así, no me consideraba sombríamente un "paria." La vida humilde tiene sus encantos: es agradable, en una mañana de alegre sol, con la servilleta al pescuezo, delante del biftec a la parrilla, desdoblar el *Diario de las Noticias*; por las tardes de verano, en los bancos gratuitos del paseo, se gozan dulzuras de idilio; sabroso es por la noche en el Martinho, sorbiendo tragos de café, oir a los oradores que injurian a la patria... Por lo demas, nunca fuí excesivamente infeliz, porque no tengo imajinacion: no me consumia voltejeando ansioso en torno de paraisos quiméricos, nacidos de mi propia alma

anhelante como nubes de la evaporacion de un lago; no suspiraba, mirando las estrellas resplandecientes, por un amor a lo Romeo o por una gloria social a lo Camors. He sido siempre un hombre positivo. Sólo aspiraba a lo racional, a lo palpable, a lo que fuera alcanzado por otros en mi barrio, a lo que es accesible al bachiller. I me iba resignando, como quien en una *table d'hôte* mastica el bocado de pan seco, en espera de que le llegue la deliciosa *Charlotte russe*. La felicidad vendria: i para asegurarla, yo hacia todo lo necesario como portugues i como constitucional: imploraba todas las noches a Nuestra Señora de los Dolores i compraba décimos de lotería.

Miéntras tanto, procuraba distraerme. I como las circunvoluciones de mi cerebro no me habilitaban para componer odas, al igual de tantos otros compañeros que se desquitaban así del tedio de la profesion; como mi sueldo, pago de casa i gasto en tabaco, no me permitian vicios—habia tomado el hábito mui 'discreto de comprar en la feria de Ladra antiguos volúmenes truncos, i, por la noche, en mi cuarto, hartábame de curiosas lecturas. Eran siempre obras de pomposos títulos: *La Galera de la Ino-*

cencia, *El Espejo Milagroso*, *La Tristeza de los Desheredados*... El tipo anticuado, el papel amarillento comido de polilla, la severa encuadernacion relijiosa, la cintilla verde marcando la pájina, encantábanme! Además, aquellas frases injenuas, en letra gorda, llenaban de paz todo mi sér; sensacion comparable a la calma intensa de un viejo muro de monasterio en la quebrada de un valle, al caer de tranquila tarde, miéntras corre el agua rumoreando tristemente...

Una noche, hace años, comenzaba a leer en uno de esos vetustos in-folios, un capítulo titulado *Camino de las Almas;* e iba cayendo en grata somnolencia, cuando este período singular se destacó del tono indeciso i apagado de la pájina, con el relieve de una medalla nueva de oro que brillara sobre oscuro tapete. Copio:

"En el interior de la China existe un Mandarin
" mas rico que todos los reyes de que hablan
" la Fábula i la Historia. De él no conoces nada;
" ni su nombre, ni su semblante, ni la seda de
" que se viste. Para que heredes sus infinitos
" caudales, bastará que toques esa campanilla
" puesta a tu lado sobre un libro. Él dará apé-
" nas un suspiro en los confines de la Mongolia.

"Será entónces cadáver: i verás a tus piés mas "oro del que puede soñar la ambicion de un "avaro. Tú, que me lees i eres un hombre mor- "tal, ¿tocarás la campanilla?"

Quedéme asombrado ante la pájina abierta: aquella interrogacion "hombre mortal ¿tocarás la campanilla?" me parecia graciosa, picaresca, i me perturbaba prodijiosamente. Quise leer mas; pero las líneas huian, ondeando como culebras espantadas; i, en el vacío que dejaban, de una lividez de pergamino, persistia destacándose en color negro la interpelacion estraña "¿tocarás la campanilla?"

Si el volúmen hubiera sido de una modesta edicion Michel-Lévy, de cubierta amarilla, yo, que al fin no me hallaba perdido en una selva de balada alemana, i podia conscientemente ver blanquear la luz del gas en los arreos de la patrulla, —con cerrar simplemente el libro habria hecho disiparse la nerviosa alucinacion. Pero algo májico parecia desprenderse de aquel sombrío in-folio; cada letra afectaba la inquietante configuracion de esos signos de la vieja cábala, que encierran un fatídico atributo; las comillas tenian el retorcido petulante de rabos de demonios entrevistos en un claro de luna; en el *punto de in-*

terrogacion final, veia yo el gancho pavoroso con que el Tentador va ensartando las almas que se aduermen sin refujiarse en la inviolable ciudadela de la Oracion... Una influencia sobrenatural, apoderándose de mí, arrastrábame a divagar fuera de la realidad i del raciocinio: i en mi espíritu se fueron formando dos visiones—de un lado un Mandarin decrépito, muriendo sin dolor, en tierras lejanas, en un kiosco chinesco, a un *tilin* de campanilla; del otro, toda una montaña de oro resplandeciendo a mis piés. Esto era tan preciso, que yo veia los ojos oblicuos del viejo personaje velarse como cubiertos de ténue capa de polvo; i oia el claro sonido de las libras que rodaban. E inmóvil, medroso, clavaba con ansia los ojos en la campanilla, que descansaba, colocada delante de mí, sobre un diccionario frances—la campanilla prevista, citada en el merífico in-folio...

Fué entónces cuando, del otro lado de la mesa, una voz insinuante i metálica me dijo, en medio del silencio:

—Vamos, Teodoro, amigo mio, tienda la mano, toque la campanilla, sea Ud. hombre!

El verde *abat-jour* de la vela estendia su penumbra en derredor. Levantélo temblando, i ví,

mui pacíficamente sentado, un individuo corpulento, vestido de oscuro, de sombrero alto, con ambas manos enguantadas de negro i apoyadas con gravedad en la empuñadura de un paraguas. No tenia nada de fantástico. Parecía tan contemporáneo, tan regular, tan de la clase media, como si viniese de mi propia oficina...

Toda su orijinalidad estaba en el rostro, sin barba, de líneas fuertes i duras; la nariz brusca, de un aguileño formidable, tenia la espresion rapaz i agresiva de un pico de águila; el corte de los labios, mui marcado, hacia que su boca pareciera de bronce; los ojos, al fijarse, parecian dos fogonazos que partieran súbitamente de entre las zarzas tenebrosas de las unidas cejas; tenia lívido el color—pero, desparramadas sobre la piel, corríanle rayas sanguíneas como las de un viejo mármol fenicio.

Vínome repentinamente la idea de tener en mi presencia al Diablo: pero luego todo mi raciocinio se sublevó contra este pensamiento. Yo nunca creí en el Diablo—como nunca creí en Dios. Jamas lo dije en voz alta, ni lo escribí en los periódicos; para no desagradar a los poderes públicos, encargados de mantener el respeto por tales entidades: pero que existan estos dos per-

sonajes, con toda la vejez de la sustancia, rivales bonachones, que se hacen mutuamente graciosas jugarretas,—uno de blancas barbas i túnica azúl, en *toilette* de antiguo Jove, habitante de las luminosas alturas, con una corte mas complicada que la de Luis XIV; i el otro tiznado, mañoso, ornado de cuernos, viviendo en lo profundo de las llamas, en una imitacion burguesa del pintoresco Pluton—es cosa que no creo. Nó, no la creo! Cielo é Infierno son concepciones sociales para el uso de la plebe,—i yo pertenezco a la clase media. Rezo, es verdad, a Nuestra Señora de los Dolores: porque así como quise conquistar el favor del señor doctor para mi prueba final, así como, para obtener mis veinte mil reis, imploré la benevolencia del señor diputado; de igual modo, para sustraerme a la tísis, a la anjina, a la aguda navaja, a la cáscara de naranja que se desliza i quiebra la pierna, i a otros males públicos, necesito contar con una proteccion extra-humana. Por medio de jenuflexiones o del incensario, el hombre prudente debe ir haciendo una serie de sabias adulaciones desde la Arcada hasta el Paraiso. Con un compadre en el barrio i una comadre mística en las Alturas—el destino del bachiller está asegurado.

Por esto, libre de torpes supersticiones, dije familiarmente al individuo vestido de negro:

—¿En realidad, me aconseja Ud. que toque la campanilla?

Subióse un poco el sombrero, descubriendo la frente estrecha, coronada de una melena crespa i negreante como la del fabuloso Alcides, i me respondió, palabra por palabra:

—Esta es su ocasion, estimable Teodoro. Veinte mil reis al mes, son una verguenza social! Por otro lado, hai en este globo cosas prodijiosas: hai vinos de Borgoña, como, por ejemplo, el *Romanée-Conti* de 58 años i el *Chambertin* de 61, que cuestan, cada botella, de diez a once mil reis; i quien bebe la primera copa no titubeará, para beber la segunda, en asesinar a su padre... Fabrícanse en Paris i en Lóndres carruajes de tan suaves resortes, de tapices tan delicados, que es preferible recorrer en ellos el Campo Grande, a viajar como los antiguos dioses por los cielos, sobre falsos cojines de nubes... No haré a la instruccion de Ud. la ofensa de informarle que hoi se amueblan casas, de un estilo i de una comodidad, que son ellas las que realizan superiormente ese regalo ficticio llamado en otro tiempo la "Bienaventuranza." No le hablaré, Teodoro,

de otros goces terrestres: como, por ejemplo, el Teatro del *Palais Royal*, el *baile Laborde*, el *Café Anglais*... Sólo llamaré su atencion sobre este hecho: hai seres que se llaman Mujeres—distintos de aquellos que Ud. conoce i que denominan Hembras. Estos seres, Teodoro, en mi tiempo, a páijinas 3 de la Biblia, apénas usaban esteriormente una *hoja de parra*. Hoi, Teodoro, es toda una sinfonía, todo un injenioso i delicado poema de encajes, batistas, rasos, flores, jóyas, cachemiras, gasas i terciopelos... Aprecie Ud. la satisfaccion indecible que habrá, para los cinco dedos de un cristiano, en recorrer, en palpar estas delicadas maravillas;—mas, note tambien que con una modesta pieza de cinco tostones no se pagan las cuentas de estos querubines... Pero poseen cosa mejor: son los cabellos color de oro o color de tiniebla; teniendo así en sus trenzas la imáijen emblemática de las dos grandes tentaciones humanas—el apetito devorador del metal precioso i el conocimiento de lo absoluto trascendental. I todavía tienen mas: los brazos color de marmol, frescos como el lirio cubierto de rocío; los senos, sobre los cuales el gran Praxiteles modeló su copa, que es la línea mas pura i mas ideal de la antigüedad... Los senos, en otro

tiempo (segun disposicion de ese injenuo Anciano que los formó, que fabricó el mundo, i cuyo nombre una enemistad de siglos me impide pronunciar,) estaban destinados a la nutricion augusta de la humanidad; sin embargo, Teodoro, no se inquiete Ud.: hoi ninguna madre racional los espone a esa funcion deteriorante i severa; sirven sólo para resplandecer, anidados en encajes, ante el gas de las *soirées*,—i para otros usos secretos. Las conveniencias me impiden proseguir en esta esposicion radiosa de los encantos que constituyen el *Fatal Femenino*... Por lo demás, ya veo como relucen sus pupilas... Ahora todas estas cosas, Teodoro, están léjos, infinitamente léjos de sus veinte mil reis mensuales... Confiese, al ménos, que mis palabras tienen el venerable sello de la verdad!...

Con las mejillas abrazadas, murmuré:

—Lo tienen.

I su voz prosiguió, paciente i suave:

—¿Qué me dice de ciento cinco o ciento seis mil contos? Bien sé que es una bagatela... Pero, en fin, constituyen una base; son una lijera habilitacion para conquistar la felicidad. Ahora, examine estos hechos: el Mandarin, ese Mandarin del interior de la China, está decrépito i goto-

so: como hombre, como funcionario del celeste imperio, es mas inútil en Pekin i en medio de la humanidad que un guijarro en la boca de un can hambriento. Pero la trasformacion de la sustancia existe: garántola yo, que sé el secreto de las cosas... Porque la tierra es así: recoje aquí un hombre podrido, i lo restituye mas allá en el conjunto de las formas como exuberante vejetal. Bien puede ser que él, inútil como Mandarin en el Imperio del Centro, vaya a ser útil en otra tierra como rosa perfumada o sabroso repollo. Matar, hijo mio, casi siempre es equilibrar las necesidades universales. Es eliminar aquí la escrecencia para ir mas allá a suplir la falta. Hai que penetrarse de esta sólida filosofía. Una pobre costurera de Lóndres ansía ver florecer en su boardilla un vaso lleno de tierra negra: una flor consolaria a aquella desheredada; pero en la distribucion de los seres, infelizmente, en tal momento, la sustancia que allá debía ser rosa, es aquí en el Bajo, hombre de Estado... Viene entonces el revoltoso de navaja abierta, i acomete contra el estadista; la tajada le echa afuera los intestinos; se le entierra con gran cortejo de carruajes; la materia empieza a desorganizarse, mézclase a la vasta evolucion de los átomos—i

lo superfluo hombre de gobierno, va a alegrar, bajo forma de amor perfecto, la boardilla de la rubia costurera. El asesino es un filántropo.

Resumamos, Teodoro: la muerte de ese viejo Mandarin idiota pone en su bolsillo algunos millares de contos. Desde este momento puede dar con la punta del pié a los poderes públicos: medite en la intensidad de este goce! Desde luego se le citará en los diarios: contémplese Ud. en este máximum de la gloria humana! I fíjese ahora: sólo es cuestion de tomar la campanilla i hacer *tilin*. Yo no soi un bárbaro: comprendo la repugnancia de un *gentleman* en asesinar a un contemporáneo: la sangre al saltar mancha vergonzosamente los puños, i la agonía del cuerpo humano es repulsiva. Pero aquí no se trata de ninguno de esos torpes espectáculos. Es como quien llama a un criado.... I son ciento cinco o ciento seis mil contos, no lo recuerdo; pero tengo el dato entre mis apuntes.... Teodoro, no dude Ud. de mí. Soi un caballero: lo probé cuando, haciendo la guerra a un tirano, en la primera insurreccion de justicia, me ví precipitado de alturas que usted no se imajina. Un traspiés considerable, mi querido señor! Grandes disgustos! Lo que me consuela es que el OTRO

se halla tambien mui inquieto: porque, amigo mio, cuando un Jehová tiene apénas en su contra a un Satanas, sale de dificultades ordenando que cargue una lejion de arcánjeles; pero cuando el enemigo es un hombre, armado de una pluma de pato i un cuaderno de papel blanco—entónces está perdido. En fin, son ciento seis mil contos. Vamos, Teodoro, ahí está la campanilla; sea hombre.

Yo sé lo que a sí mismo se debe un cristiano. Si este personaje me hubiese llevado a la cumbre de una montaña de Palestina, una noche de luna llena, i mostrándome ciudades, razas e imperios adormecidos, sombríamente me hubiera dicho:—"Mata al Mandarin, i todo lo que ves en el valle i en la colina será tuyo,"—habria sabido replicarle, siguiendo un ejemplo ilustre, i levantando el dedo a las profundidades constelladas:—"Mi reino no es de este mundo!" Conozco mis autores. Mas, eran ciento i tantos mil contos, ofrecidos a la luz de una vela de estearina, en la calle de la Concepcion, por un sujeto de sombrero alto, apoyado en un paraguas.

Entónces no dudé. I, con mano firme, repiqué la campanilla. Fué talvez una ilusion; mas parecióme que una campana de boca tan vasta

como el mismo cielo vibraba en la oscuridad a traves del universo, con tono medroso que de cierto fué a despertar a los soles que dormian i a los planetas panzones rechinantes sobre sus ejes.

El individuo se llevó un dedo al párpado, i limpiando la lágrima que nublara un momento su ojo rutilante, dijo:

—¡Pobre Ti-Chin-Fú!

—¿Murió?

—Estaba tranquilo en su jardin, armando, para lanzarlo al aire, un papagayo de papel, honesto pasatiempo de un Mandarin retirado, cuando lo sorprendió ese *tilin* de la campanilla. Ahora yace junto a un arroyo murmurador; vestido de seda amarilla, muerto, con la panza hácia arriba, sobre el verde césped: entre los brazos frios tiene el papagayo de papel, que parece tan muerto como su dueño. Los funerales serán mañana. Que la sabiduría de Confucio, penetrándolo, favorezca la emigracion de su alma!

I el sujeto, levantándose, saludó respetuosamente con su sombrero i salio con el paraguas debajo del brazo.

Entónces, al sentir cerrarse la puerta, figuróseme que despertaba de una pesadilla. Salté al corredor. Una voz alegre alternaba con la de la

señora Márques, i la puerta de la escalera cerróse suavemente.

—¿Quién acaba de salir, doña Augusta? pregunté anhelante.

—Fué Cabrita.

Volví al cuarto: hallé todo tranquilo, idéntico, real. El in-folio todavía estaba abierto en la temible pájina. Volví a leerla: i ahora sólo me pareció la prosa anticuada de un moralista ridículo; cada palabra se tornaba como en un carbon apagado.

Recostéme; i soñé que estaba mui léjos, mas allá de Pekin, en las fronteras de la Tartaria, en el kiosco de un convento de Lamas, oyendo dulces i prudentes máximas que brotaban, como un delicado aroma de té, de los labios de un Buddha vivo.

II.

TRASCURRIÓ un mes.

Entretanto, pegado a la rutina i lleno de tristeza, seguia poniendo mi letra cursiva al servicio de los poderes públicos i admirando los domingos la pericia con que doña Augusta le lavaba la cabeza a Couceiro. Era ya evidente para mí que aquella noche me adormeciera sobre el in-folio i soñara con una "Tentacion de la Montaña" bajo formas familiares. Instintivamente, sin embargo, empecé á preocuparme de la China. Iba a la Havanera a leer los telegramas; i lo que buscaba con mas interes eran siempre las noticias del grande imperio asiático; no obstante, parecia que en ese tiempo nada pasaba en la rejion de las razas amarillas... La *Ajencia Havas* no hacia mas que chismear respecto de Herzegovina, Bosnia, Bulgaria i otras curiosidades bárbaras...

Poco a poco fuí olvidando mi episodio fan-

tasmagórico, i al mismo tiempo, serenándose gradualmente mi espíritu, ajitáronse en él de nuevo las antiguas ambiciones que lo poblaban: un puesto de Director Jeneral, las caricias de una Lola, i biftecs mas jugosos que los de doña Augusta. Pero tales regalos parecíanme tan inaccesibles, tan propios de un sueño, como los mismos millones del Mandarin. I por el monótono desierto de la existencia, siguió avanzando en su camino la lenta caravana de mis melancolías...

Un domingo de agosto, por la mañana, tendido en mangas de camisa sobre mi lecho, dormitaba, con un cigarro apagado entre los labios; cuando la puerta crujió lijeramente, i entreabriendo los adormecidos párpados, ví inclinarse a mi lado una respetuosa calva. Luego una voz titubeante murmuró:

—¿El señor Teodoro?... ¿El señor Teodoro, del Ministerio del Reino?...

Enderecéme lentamente, apoyándome en el codo, i respondí bostezando:

—Yo soi, caballero.

El individuo encorvó el espinazo, tal como en la presencia augusta del rei Bobèche se arquea el cortesano... Era de baja estatura i obeso: la punta de las blancas suizas le rozaba el

frac de alpaca: venerables anteojos relucian en su rostro mofletudo, que parecia una próspera personificacion del Órden: i todo él estremecíase, desde la calva lustrosa hasta los botines de becerro. Dió un tosido, escupió i balbuceó:

—Son noticias para vuestra señoría. ¡Grandes noticias! Mi nombre es Silvestre .. Silvestre, Juliano & C.ª... Un atento servidor de vuestra excelencia... Llegaron justamente por el paquete de Southampton... Tenemos relaciones con Brito, Alves & C.ª de Macao... Tenemos relaciones con Craig and C.º de Hong-Kong... Las letras vienen de Hong-Kong...

El sujeto ahogábase; i en su mano gordilla temblaba un sobre lleno, sellado con lacre negro.

—Vuestra excelencia—prosiguió—estaba probablemente prevenido... Nosotros no lo estábamos... La impresion es natural... Lo que esperamos es que vuestra excelencia nos conserve su favor... Nosotros tenemos en mui respetuosa estimacion a vuestra excelencia... Vuestra excelencia es en esta tierra una flor de virtud i espejo de bondades! Aquí estáu las primeras libranzas contra Bhering and Brothers de Lóndres... Letras a treinta dias contra Rothschild...

A este nombre, resonante como el oro mismo, salté bruscamente del lecho:

—¿Qué es eso, señor?—grité.

I él, gritando aun mas, blandiendo el sobre, empinándose en la punta de los botines:

—Son cieñto seis mil contos, señor! Ciento seis mil contos sobre Lóndres, Paris, Hamburgo i Amsterdam, sacados a su órden, excelentísimo señor!... A su órden, excelentísimo señor!... Por las casas de Hong-Kong, de Chan-Hai i Canton; de la herencia en depósito del mandarin Ti-Chin-Fú!

Sentí temblar la tierra a mis piés—i cerré un momento los ojos. Pero luego comprendí que yo era, desde esa hora, como una encarnacion de lo Sobrenatural; recibiendo de ello mi fuerza i poseyendo sus atributos.

No me podia portar como un hombre, ni rebajarme hasta las espansiones humanas. De igual modo, para no romper la línea hierática—abstúveme de ir a sollozar, como me lo pedia el alma, sobre el espacioso pecho de la señora Marques...

De ahora en adelante cabíame la impasibilidad de un Dios o de un Demonio: dí, con naturalidad, un tiron a mis calzas, i dije a Silvestre, Juliano & C.ª estas palabras:

Está bien! El Mandarin.... ese Mandarin de que usted habla, se portó como un caballero. Sé de qué se trata: es una cuestion de familia. Deje ahí esos papeles.... Buenos dias.

Silvestre, Juliano i Ca. retiróse reculando con el espinazo encorvado i la frente inclinada al suelo.

Entónces fuí a abrir de par en par la ventana; i, echando atras la cabeza, respiré lleno de satisfaccion el aire cálido, como un ciervo fatigado por larga carrera.

Despues miré para abajo, para la calle, donde toda la burguesía se deslizaba en una pacífica salida de misa, entre dos filas de carruajes. Mi vista se fijó inconscientemente en algunas joyas de las damas, en algunos arreos resplandecientes. I de súbito me vino esta idea, esta triunfante certidumbre: que podia tomar todos aquellos coches por horas o por años; que ninguna de aquellas mujeres resistiria a una señal de mis deseos; que todos esos hombres endomingados postraríanse ante mí como ante un Cristo, un Mahoma o un Buddha, si les sacudiera junto al rostro ciento seis mil contos sobre las plazas comerciales de Europa!

Me apoyé en el balcon, i reí, haciendo una

mueca de repugnancia, al ver la ajitacion efímera de aquella humanidad subalterna, que se consideraba libre i fuerte, miéntras arriba, en el rincon de un cuarto piso, yo tenia en mi mano, dentro de un sobre lacrado de negro, el principio mismo de su flaqueza i de su esclavitud. Entónces, las satisfacciones del lujo, los regalos del amor, los orgullos del poder, gocélos todos, por obra de mi imajinacion, en un instante i de un solo sorbo. Pero luego una gran saciedad fué invadiéndome el alma, i, al ver el mundo a mis piés, bostecé como un leon con la panza llena.

¿De qué me servian al fin tantos millones sino para ponerme de manifiesto, cada dia, cuánta es la bajeza humana? I así, al ruido de tanto oro, iba a desaparecer a mis ojos, como el humo' la belleza moral del universo. Se apoderó de mí una mística tristeza. Me dejé caer sobre una silla i, con el rostro entre las manos, lloré por largo rato.

De ahí a poco la señora Marques abria la puerta, resplandeciente en medio de sus sedas negras:

—Le estamos esperando para almorzar.

—No almuerzo.

—Mas queda!

En ese momento estallaban cohetes a lo léjos. Recordé que era domingo, dia de toros: de repente tuve una vision deslumbradora, que me cautivó de manera deliciosa: era la corrida contemplada desde un palco; despues, una comida con *champagne*; por la noche la orjía, como iniciacion! Corrí a mi mesa. Me llené los bolsillos de letras sobre Lóndres. Bajé a la calle con el furor del buitre que hiende el espacio tras de su presa. Pasaba un *caleche* vacío. Lo hice detener, i grité luego:

—¡A los toros!

—Son dos tostones, mi señor!

Miré con repulsion a aquel miserable pedazo de materia organizada, que hablaba de piezas de plata a un coloso de oro. Metí la mano en el bolsillo repleto de millones, i saqué mi suelto: tenia setecientos veinte reis!

El cochero ajitó su fusta i se alejó refunfuñando. Yo balbucié:

—¡Pero tengo letras! ¡Aquí están! ¡Sobre Lóndres! ¡Sobre Hamburgo!

—Eso no pega.

Setecientos veinte reis!.... I toros, comida de lord, andaluzas desnudas, todo ese ensueño se

desvaneció como un globo de jabon que toca la punta de un alfiler.

Odié la humanidad; odié el numerario.

Otro coche que pasaba lijero, i en que iba apiñada la jente alegre, estuvo a punto de atropellarme, en medio de la abstraccion en que me quedara con mis setecientos veinte reis en la palma húmeda de la mano.

Cabizbajo, acolchado de millones contra Rothschild, volví a mi cuarto piso: me humillé ante la señora Marques, aceptándole el asado duro i reseco; i pasé aquella primera noche de riqueza bostezando en el lecho solitario, miéntras afuera, en el corredor, el alegre Conceiro, el pobre teniente de quince mil reis de sueldo, bromeaba con doña Augusta, rascando en su viola el *Fado da Cotovia*.

Fué sólo en la siguiente mañana, al hacerme la barba, cuando pensé en el oríjen de mis millones. Era evidentemente sobrenatural i daba lugar a recelos.

Pero como mi Racionalismo me impedia atribuir estos tesoros imprevistos a la jenerosidad caprichosa de Dios o del Diablo, ficciones puramente escolásticas; como los fragmentos de positivis-

mo que constituyen el fondo de mi filosofía, no me permitian indagar *las causas primeras, los orijenes esenciales*, bien pronto me decidí a aceptar sencillamente este fenómeno i a utilizarlo con largueza. Por tanto, al viento mi levita, corrí al *London and Brazilian Bank*.

Ahí, arrojé sobre el meson un documento contra el *Banco de Inglaterra*, por mil libras, i solté esta deliciosa palabra:

—¡Oro!

Un cajero insinuóme con suavidad:

—Talvez le seria mas cómodo en billetes....

Repetí secamente:

—¡Oro!

Despacio me fuí llenando a puñados los bolsillos: una vez en la calle, trepéme con mi carga a un *calèche*. Sentíame gordo, obeso; tenia en la boca un sabor de oro, i cubierta de polvo de oro la piel de las manos: parecíame ver resplandecer las paredes de las casas como grandes láminas de oro; i dentro del cerebro me rodaba un sordo rumor de metálicas vibraciones, como el movimiento de un océano que en sus olas arrastrase barras de oro.

Abandonándome a las oscilaciones de los resortes, bamboleante como un odre mal seguro,

dejaba caer sobre la calle, sobre la jente, la mirada turbia i hastiada del sér repleto. Por fin, echándome a la nuca el sombrero, estirando las piernas, adelantando el vientre, dí amplia libertad a mi flatulencia ricachona...

Muchas horas rodé así por las calles, bestializado por un goce de Nabab.

Súbitamente un brusco apetito de gastar, de derrochar oro, me llenó el pecho como la ráfaga que hincha la vela.

—Pára, animal!—le grité al cochero.

Los caballos se detuvieron. Busqué en derredor con los párpados medio cerrados alguna cosa cara que comprar—una joya de reina o una conciencia de estadista; nada ví; precipitéme entónces hácia un estanco:

—¡Cigarros puros! de a toston! ¡de a cruzado! ¡Mas caros! ¡de a diez tostones!

—¿Cuántos?...preguntó servilmente el hombre.

—¡Todos!—respondí con brutalidad.

En la puerta, una pobre enlutada, con el hijo encojido contra el seno, tendióme la escuálida mano. Hallé incómodo buscar las monedas de cobre entre mis puñados de oro. La rechacé impaciente i, de sombrero al ojo, encaré friamente a la turba.

Entónces fué cuando ví que se adelantaba la respetable figura de mi Director Jeneral: inmediatamente halléme con el espinazo encorvado en arco i el sombrero rozando el suelo. Era el hábito de la dependencia: mis millones aún no me habian puesto vertical la espina...

En casa vacié el oro sobre el lecho, i me eché encima por largo rato, gruñendo con intenso placer. En la torre vecina sonaron las tres; i el sol ya descendia apresurado, llevándose consigo mi primer dia de opulencia... Entónces, acorazándome con mis libras, corrí a saciarme.

Ah! qué dia! Comí en un gabinete del Hotel Central, solitario i egoista, con la mesa cubierta de botellas de Burdeos, Borgoña, Champagne, Rhin, licores de todas las comunidades relijiosas—como para matar una sed de treinta años. Pero, lo que bebí hasta hartarme, fué Collares. Despues, bamboleando, me arrastré hasta el Lupanar. ¡Qué noche! La alborada clareó tras de las persianas; i halléme tendido sobre la alfombra, exhausto i semidesnudo, sintiendo el cuerpo i el alma como desvanecidos, como disueltos en aquel ambiente sofocante en el cual flotaban mezclados olores de polvos de arroz, de mujer i de ponche...

Cuando volví a la calle de la Concepcion, las ventanas de mi cuarto estaban cerradas i la vela espiraba con lívido fulgor en el candelero de laton. Entónces, al llegar junto a mi cama, ví esto: atravesado sobre el cobertor, yacia un cuerpo panzudo de Mandarin fulminado, vestido de seda amarilla, con una gran coleta suelta; i que tenia entre los brazos, con igual apariencia de muerto, un papagayo de papel.

Abrí desesperadamente la ventana: todo desvanecióse;—sobre el lecho no habia mas que un viejo paletó.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

III.

ENTONCES empezó mi vida de millonario. Dejé de prisa la casa de la señora Marques, quien, desde que me sabia rico, ofrecíame diariamente arroz azucarado, i me servia ella misma, con su vestido de seda de los domingos. Compré i habité el palacete amarillo de Loreto: las magnificencias de mi instalacion son bien conocidas por los indiscretos grabados de la *Ilustracion Francesa*. Se hizo famoso en Europa mi lecho, de un gusto exuberante i bárbaro, con sus barandas recubiertas de láminas de oro cincelado i sus cortinas de un orijinal brocado negro en que tiemblan, bordados con perlas, versos eróticos de Catulo; una lámpara suspendida en el interior, derrama allí la claridad láctea i amorosa de una luna de verano.

Los primeros meses de mi riqueza, no lo oculto, empleélos en amar—en amar con el sincero latir de corazon de un paje inesperto.

Habíala visto, como en una pájina de novela, regando los claveles de su balcon: se llamaba Cándida; era pequeñita i rubia; vivia en Buenos Aires, en una modesta casita cubierta de enredaderas; i recordábame por su gracia i por la esbeltez de su talle, las mas sentidas i delicadas creaciones del arte—Mimí, Virjinia, la Juanita del Valle de Santarem.

Todas las noches caia en místico éstasis a sus piés. Todas las mañanas cubria su regazo con billetes de veinte mil reis: ella los rechazaba al principio con rubor;—despues, guardábalos en la gaveta, i me llamaba su *ánjel Totó*.

Un dia que me introduje, con imperceptible paso por sobre la muelle alfombra de Siria, hasta su *boudoir*—la hallé escribiendo, mui arrobada, con el dedito en alto: al verme, toda trémula, toda pálida, escondió un papel, con su monograma. Se lo arrebaté, poseido de celos insensatos. Era la carta: la carta acostumbrada, la carta inevitable, la carta que desde la mas remota antigüedad viene escribiendo la mujer; comenzaba por un *mi idolatrado*—i era para un alférez de la vecindad...

Arranqué luego ese sentimiento de mi pecho, como se arranca una planta venenosa. Negué

crédito para siempre a los ánjeles rubios, que conservan en el azul de sus ojos el reflejo de los cielos que han atravesado; desde la cumbre de todo mi oro dejé caer sobre la inocencia, el pudor i otras idealizaciones funestas, la despreciativa carcajada de Mefistófeles; i me formé, friamente, una existencia animal, grandiosa i cínica.

Al medio dia entraba en mi tina de mármol rosa, en la cual los perfumes derramados daban al agua un tono opaco de leche: despues, jóvenes pajes de manos suaves me hacian fricciones, con el ceremonial de quien celebra un culto: i envuelto en un *robe de chambre* de seda de la India, a traves de la galería, dando aquí i allá una mirada a mis Fortunys i a mis Corots, entre filas silenciosas de lacayos, dirijíame a comer el biftec a la inglesa, servido en Sèvres azul i oro.

El resto del dia, si hacia calor, pasábalo reclinado en cojines de seda color perla, en un *boudoir* cuyo mueblaje era de fina porcelana de Dresde i en que las flores formaban un verdadero jardin de Armida; ahí poníame a leer el *Diario de las Noticias*, en tanto que lindas muchachas vestidas de japonesas refrescaban el aire, ajitando abanicos de plumas.

Por la tarde iba a dar una vuelta a pié hasta la Fuente de las Almas: era la hora mas pesada del dia. Apoyado en mi baston, arrastrando flojamente las piernas, bostezaba como una fiera saciada,—i la turba vil deteníase a contemplar, estática, al Nabab fastidiado.

A veces veníame como una nostaljia de mis tiempos de oficinista. Entraba en casa; i encerrado en la biblioteca, donde el pensamiento de la humanidad dormia olvidado dentro de las encuadernaciones de marroquí, cojia una pluma de pato, i pasaba horas enteras desparramando sobre hojas de mi querido papel Tojal de otros dias, las frases: "*Iltmo. i Exmo, Sr.—Tengo la honra de comunicar a V. Exca.... Tengo la honra de pasar a las manos de V. Exsa...*"

Cuando llegaba la noche, un criado, para anunciar la comida, hacia sonar por los corredores en su trompa de plata, una solemne armonía. Levantábame entónces e iba a comer, majestuoso i solitario. Una multitud de lacayos, con libreas de seda negra, servia, en un silencio de sombras que se deslizan, los platos raros i vinos que valian lo que una joya: toda la mesa era un esplendor de flores, luces, cristales, fulguraciones de oro: i enrollándose en las pirámides

formadas de frutas, mezclándose al vapor de los platos, erraba, como niebla sutil, un tedio indecible....

Despues, apoplético, arrojábame al fondo del cupé, i me hacia conducir a las Ventanas Verdes, donde mantenia en un serrallo magnífico, una coleccion de mujeres: vestíanme una túnica de seda fresca i perfumada; i me abandonaba a delirios abominables... Volvíanme casi muerto a casa, a la primera luz de la mañana: hacia maquinalmente la señal de la cruz, i de ahí a poco roncaba con el vientre hácia arriba, lívido i con un frio sudor, como un Tiberio exhausto.

Miéntras tanto, Lisboa arrastrábase a mis piés. El patio del palacete estaba constantemente invadido por toda una muchedumbre: al mirar con fastidio por las ventanas de la galería, veia blanquear las blancas pecheras de la aristocracia, negrear la sotana del clero i lucir el sudor de la plebe: todos venian a implorar con abyecto labio, el honor de mi sonrisa i una participacion de mi dinero. A veces consentia en recibir a algun viejo de histórico título: adelantaba entónces por el salon, casi rozando la alfombra con los cabellos blancos, tartamudeando lisonjas; i luego, apoyando en el pecho las manos mar-

cadas por gruesas venas donde corria una sangre de tres siglos, me ofrecia una hija bien amada, para esposa o para concubina.

No habia ciudadano que no me hiciese los presentes que se hacen a un ídolo en su altar: unos, odas votivas; otros, mi monograma bordado con cabellos; algunos, zapatillas, o boquillas para cigarros; cada cual segun su manera de entender. Si mi ojo amortiguado se fijaba por acaso en la calle en una mujer, al dia siguiente llegaba una carta en que esa criatura, esposa o meretriz, ofertábame su persona, su amor, i todas las complacencias de la lascivia.

Los periodistas apurabau su imajinacion para hallar adjetivos dignos de mi grandeza: fuí el *sublime señor Teodoro*, llegué a ser el *celestial señor Teodoro*; i, enloquecida *La Gaceta*, llamóme el *extra-celestial señor Teodoro!* Delante de mí jamas quedó cubierta ninguna cabeza, usase corona o lo que fuese. Todos los dias se me ofrecia una presidencia de ministerio o una direccion de cofradía. Siempre, con verdadero disgusto, rechacé tales proposiciones.

Poco a poco la fama de mis riquezas fué pasando los confines del reino. *El Fígaro*, eterno cortesano, en cada número habló de mí, hallándo-

me preferible a Enrique V; el grotesco inmortal que firma *Saint-Genest*, dirijióme apóstrofes revolucionarios, pidiéndome para salvar a la Francia; i entónces fué cuando las *Ilustraciones* estranjeras publicaron en colores las escenas de mi vida. Recibí de todas las princesas de Europa sobres con sellos heráldicos, esponiéndome por medio de fotografías i documentos la forma de sus cuerpos i la antigüedad de sus jenealojías. Dos chistes que solté durante ese año, fueron telegrafiados a todo el universo por los alambres de la Ajencia Havas; i se me consideró mas espiritual que Voltaire, que Rochefort i que ese agudo entendimiento que tiene por nombre *Todo el Mundo*. Cuando crujian mis tripas, la humanidad lo sabia por medio de los diarios. Hice préstamos a los reyes, subsidié guerras civiles, i fuí esmos a los reyes, subsidié guerras civiles, i fuí estafado por todas las repúblicas latinas que orlan el Golfo de Méjico.

I, miéntras tanto, vivia lleno de tristeza...

Todas las veces que entraba en casa, deteníame, aterrado, ante la misma vision: tendida en el umbral de la puerta o atravesada sobre el lecho de oro, estaba ahí la figura barriguda, de coleta negra i túnica amarilla, con su papagayo

en los brazos... Era el Mandarin Ti-Chin-Fú! Precipitábame con los puños levantados: i todo se disipaba.

Caia entónces aniquilado, bañado en sudor, sobre una poltrona, i murmuraba en el silencio del cuarto, en que las velas de los candelabros daban tonos de sangre a los damascos encarnados:

—*¡Es preciso matar a ese muerto!*

I todavía, no era esta impertinencia de un viejo fantasma panzudo, que se acomodaba en mis muebles i sobre mis colchas, lo que amargaba mi vida.

El horror supremo consistia en la idea, que se clavó en mi espíritu como un hierro imposible de arrancar, de que *habia asesinado a un viejo!*

No fué con una cuerda al cuello, segun la costumbre musulmana; ni con veneno en un cáliz de Siracusa, a la manera italiana del Renacimiento; ni conforme a alguno de los métodos clásicos que han recibido consagracion augusta en la historia de las monarquías—a puñal con Juan II, a carabina con Cárlos IX...

Habia eliminado a la persona, desde léjos, con una campanilla. Era absurdo, fantástico, hasta gracioso. Pero eso no atenuaba lo trájicamente negro de la accion: *habia asesinado a un viejo!*

Poco a poco esta certidumbre se fué robusteciendo, hasta petrificarse en mi alma, i, como una columna en un descampado, dominó toda mi vida interior: de suerte que, por mas que desviaran su rumbo mis pensamientos, veian siempre negrear en el horizonte aquel recuerdo acusador; por mas alto que mi imajinacion levantase su vuelo, concluia por ir fatalmente a herirse las alas en ese monumento de miseria moral.

¡Ah! por mas que se consideren la vida i la muerte como simples trasformaciones de la sustancia, es pavoroso el pensamiento de haber conjelado una sangre caliente, de haber inmovilizado un músculo vivo! Cuando, despues de comer, sintiendo a mi lado el aroma del café, me tendia lánguidamente en el sofá, en una sensacion de plenitud, elevábase luego dentro de mí, melancólico como el coro salido de la ergástula, un rumor de acusaciones:

—I todavía hiciste que ese bienestar con que te regalas, nunca mas fuese gozado por el venerable Ti-Chin-Fú...

De balde replicaba a la Conciencia recordándole la decrepitud del Mandarin, su gota incurable... Abundante en argumentos, ansiosa de controversia, redargüia con furor:

—Pero, aun en su actividad mas limitada, la vida es un bien supremo; porque el encanto de ella reside en su principio mismo, i no en la abundancia de sus manifestaciones!

Yo me sublevaba contra este pedantismo retórico de pedagogo gruñon: erguia la frente, i gritábale con una arrogancia desesperada:

—¡Pues bien! ¡Lo maté! ¡Mejor! ¿Qué quieres tú? ¡Tu bullado nombre de Conciencia no me asusta! Eres apénas una perversion de la sensibilidad nerviosa! ¡Puedo eliminarte con *agua de azahar!*

E inmediatamente sentia en el alma, como suave brisa, un rumor vago de irónicos murmullos:

—Bien, come entónces, duerme, báñate i ama...

Hacíalo así. Pero luego las mismas sábanas de bretaña de mi lecho tomaban a mi aterrada vista los tonos lívidos de una mortaja; el agua perfumada en que me sumerjia, enfriábame la piel con la sensacion espesa de sangre que se cuaja; i los senos desnudos de mis amadas entristecíanme, como lápidas de mármol que cubren un cuerpo muerto.

Despues fuí asaltado por amargura mayor: comencé a pensar que Ti-Chin-Fú tenia indudablemente una familia numerosa, nietos, tiernos

biznietos, que, despojados de la herencia que yo devoraba en platos de Sèvres, con una pompa de Sultan perdulario, atravesaban en la China todos los infiernos tradicionales de la miseria humana—los dias sin arroz, el cuerpo sin abrigo, la limosna denegada, la calle inmunda por hogar...

Comprendí entónces por qué me perseguia la obesa figura del viejo letrado; i de sus labios cubiertos por los largos pelos blancos de su bigote de sombra, parecíame que brotaba ahora esta doliente acusacion:—"Yo no me lamento por "mí, que ya estaba muerto a medias; lloro por "los desgraciados que arruinaste, i que a estas "horas, cuando abandonas el fresco seno de tus "amorosas beldades, jimen de hambre, se hielan "de frio, apiñados en un grupo agonizante, en"tre leprosos i ladrones, en el *Puente de los Men*"*digos*, al pié de las terrazas del Templo del "Cielo!"

¡Oh, injeniosa tortura! ¡Tortura realmente chinesca! No podia llevarme a la boca un pedazo de pan, sin imajinarme en el acto la banda hambrienta de pequeñuelos, la descendencia de Ti-Chin-Fú, padeciendo, como pajarillos implumes que abren en vano el pico, piando en el nido

abandonado; si me arrebujaba en mi paletó, surjia luego la vision de desgraciadas señoras, felices antes en medio de su *confort* chinesco, hoi amoratadas de frio, cubiertas de andrajos de vieja seda, en una mañana de nieve; el techo de ébano de mi palacete me hacia recordar la familia del Mandarin durmiendo a orillas de los canales, en medio de los perros; i mi cupé bien tapizado hacíame estremecer con la idea de las largas caminatas errantes, por caminos encharcados, bajo un rigoroso invierno asiático...

Cuánto sufria!—I era el tiempo en que el populacho envidioso se quedaba pasmado ante mi palacete, comentando las felicidades inaccesibles que en él debian habitar!

Por fin, reconociendo que la Conciencia estaba dentro de mí convertida en irritada sierpe—decidí implorar el auxilio de Aquel que dicen es superior a la Conciencia, porque dispone de la Gracia.

Infortunadamente yo no creia en Él... Recurrí, pues, a mi antigua divinidad favorita, a mi amado ídolo, a la patrona de mi familia: a Nuestra Señora de los Dolores. I, rejiamente pagado, un mundo de curas i canónigos, por las catedrales de las ciudades i las capillas de las aldeas, fué pidiendo a Nuestra Señora de los Dolores que fija-

se sus ojos piadosos en mi mal interior... Pero ningun alivio descendió de esos cielos sin clemencia, hácia los cuales desde hace millares de años en balde sube el lamento de la miseria humana.

Entónces, yo en persona me abismé en prácticas piadosas, i Lisboa asistió a este espectáculo estraordinario: un ricacho, un Nabab, postrándose humildemente al pié de los altares, balbuceaba con las manos juntas frases del *Salve Reina*; como si viera en la oracion i en el reino de los cielos, que ella conquista, algo mas que un consuelo ficticio inventado por los que poseen todo para contentar a los que nada poseen... Pertenezco a la Burguesía; i sé que si ella le habla a la Plebe de un paraiso lejano i de goces inefables por alcanzar, es para alejarle la atencion de sus cofres repletos i de sus abundantes sementeras.

Despues, dominado por mayor inquietud, hice decir millares de misas, simples i cantadas, para hacerme propicio al alma errante de Ti-Chin-Fú. ¡Pueril desvarío de un cerebro peninsular! El viejo Mandarin, en su calidad de letrado, de miembro de la Academía de los Han-Lin, colaborador probable de la grande obra KHOU-TSUANE-CHOU, que ya tiene setenta i ocho mil setecientos treinta volúmenes, era indudablemente un sectario de

la Doctrina, de la Moral positiva de Confucio... Acaso ni siquiera una vez quemó mechas perfumadas en honor de Buddha; i los ceremoniales del Sacrificio místico debian tener para su alma abominable de gramático i escéptico, estrecha semejanza con las pantomimas de los payasos en el teatro de Hong-Tung.

Entónces, astutos prelados, con su esperiencia de católicos, diéronme un háibil consejo: captarme la benevolencia de Nuestra Señora de los Dolores, con presentes, flores, brocados i joyas, como si quisiese alcanzar los favores de Aspasia: i a manera de un obeso banquero que obtiene las complacencias de una bailarina dándole un *cottage* rodeado de árboles, yo, por una sujestion sacerdotal, intenté sobornar a la dulce Madre de los Hombres, erijiéndole una catedral de mármol blanco. La abundancia de las flores daba al espacio entre las artísticas columnas, perspectivas de paraisos: la multiplicidad de las luces semejaba una magnificencia sideral... ¡Gastos inútiles! El distinguido i erudito cardenal Nani vino de Roma a consagrar la iglesia; pero, cuando entré ese dia a visitar a mi divina huéspeda, lo que ví, mas allá de las calvas de los oficiantes, entre la mística nube de incienso, no fué la Rei-

na de la Gracia, rubia, i con su túnica azul,—fué el viejo bellaco de ojos oblicuos, con su papagayo entre los brazos! A *él* era, a su blanco bigote tártaro, a su panza color oca, que todo un sacerdocio recamadó de oro estaba ofreciendo, al ronco són del órgano, la eternidad de las alabanzas!...

Entónces, pensando que Lisboa, con su medio siempre uniforme, era favorable a la persistencia de tales imájenes—salí de ella, viajé modestamente, sin pompa, con un baul i un criado.

Visité en su órden clásico, Paris, Suiza la vulgar, Lóndres, los melancólicos lagos de Escocia; levanté mi tienda al pié de los muros evanjélicos de Jerusalen; i de Alejandría a Tebas, fuí al traves de ese estenso Ejipto, monumental i triste como la galería de un mausoleo. Conocí el mareo de los vapores, la monotonía de las ruinas, las penas de las multitudes, las desilusiones del *boulevard*: i mi mal interior iba creciendo.

Ahora ya no era sólo la amargura de haber despojado a una respetable familia: asaltábame el remordimiento mayor de haber privado a toda una sociedad de un personaje fundamental, de un letrado lleno de esperiencia, columna del órden, amparo de las instituciones. No se puede

arrebatar así a un Estado una personalidad de valor de ciento seis mil contos, sin perturbar su equilibrio... Esta idea causábame una intensa afliccion. Tenia ansias de saber si realmente la desaparicion de Ti-Chin-Fú habia sido funesta para la decrépita China: leí todos los diarios de Hong-Kong i de Shang-Hai; pasé en vela noches enteras leyendo historias de viajes; consulté a sabios misioneros; i artículos, hombres, libros, todo me hablaba de la decadencia del Imperio del Centro, de provincias arruinadas, ciudades moribundas, plebes hambrientas, pestes i rebeliones, templos desmoronándose, leyes perdiendo su autoridad, todo un mundo en descomposicion, como una nave encallada que las olas desarman pieza por pieza!...

I yo me atribuia estas desgracias de la sociedad china! En mi abatido espíritu, Ti-Chin-Fú tomó entónces el valor desproporcionado de un César, de un Moises, de uno de esos séres providenciales que son la fuerza de una raza. Yo lo habia muerto; i con él habia desaparecido la vitalidad de su patria! Su robusto cerebro talvez habria podido salvar, por medio de jeniales concepciones, aquella vieja monarquía asiática,—i yo habia inmovilizado la accion creadora! Su for-

tuna habria concurrido a restaurar la grandeza del Estado,—i yo la estaba disipando en ofrecer melocotones en el mes de enero a las Mesalinas de Helder!... —Amigos mios, yo he conocido el remordimiento colosal de haber arruinado un imperio!

Para olvidar esta complicada tortura, me precipité en la orjía. Instaléme en un palacete de la avenida de los Campos Eliseos, i llevé una existencia espantosa. Daba fiestas a la Trimalcion; i, en las horas de mas febril libertinaje, cuando las charangas, con el estridor brutal de los cobres, rompian en *can-canes*; cuando mujeres de senos impúdicos aullaban coplas canallescas; cuando mis convidados, bohemios, ateos de café, injuriaban a Dios, levantando la copa de *champagne*,—entónces, poseido súbitamente, como Heliogábolo, de un furor de bestialidad, de un odio contra lo Pensante i lo Consciente, echábame al suelo en cuatro patas i rebuznaba con todo el estrépito de un burro...

Despues, quise ir mas abajo: al libertinaje de la plebe; a las torpezas alcohólicas de *L'Assomoir*. I cuántas veces, vestido de blusa, con la gorra atras, cojido del brazo con *Mes-Bottes* o *Bibila-Gaillarde*, en avinado grupo, me fuí tambolean-

do por los *boulevards* esteriores, gritando, entre regüeldos:

Allons, enfants de la patrie-e-e!...
Le jour de gloire est arrivé...

Fué una mañana, tras uno de estos excesos, a la hora en que en medio de las tinieblas del alma del libertino brilla una vaga aurora espiritual, —cuando me nació de repente la idea de partir para la China. I, como soldados de un campamento dormido, que al són del clarin se levantan i uno a uno se juntan i forman en columna; otras ideas fueron reuniéndose en mi espíritu, alineándose, completando un estenso plan... Partiria para Pekin; descubriria la familia de Ti-Chin-Fú; desposándome con una de las señoras, lejitimaria la posesion de mis millones; devolveria a aquella casa su antigua prosperidad; le haria suntuosos funerales al Mandarin, para calmar su espíritu irritado; iria por las provincias donde hubiese miseria, haciendo colosales distribuciones de arroz; i, obteniendo del Emperador el boton de cristal que distingue a un Mandarin, cosa fácil para un bachiller, sustituiríame a la extinta personalidad de Ti-Chin-Fu,—i así podria resti-

tuir legalmente a su patria, si no la autoridad de su ciencia, a lo ménos el poder de su dinero.

Todo esto me parecia a veces un programa no definido, nebuloso, pueril e idealista. Pero ya el deseo de esta aventura orijinal i verdaderamente épica, me dominaba todo entero; i arrastrado iba por él como hoja seca que arrebata el viento.

Ansié, suspiré por pisar tierra de la China! Despues de grandes preparativos, acelerados a puñados de oro, partí al fin una noche para Marsella. Habia contratado un vapor entero, que era el *Ceylan*. I la siguiente mañana, por un mar azul oscuro, bajo el blanco vuelo de las gaviotas, cuando los primeros rayos del sol teñian de rubor las torres de Nuestra Señora de la Guarda, sobre su sombría roca,—puse proa al Oriente.

IV.

EL *Ceylan* tuvo un viaje tranquilo i uniforme hasta Shang-Hai.

De ahí subimos por el rio Azul a Tien-Tsin, en un pequeño *steamer* de la compañía Russel. No me llevaba a visitar la China una curiosidad ociosa de turista: todo el paisaje de esta provincia, semejante a los que se ven en los vasos de porcelana, de un tono azulado i vaporoso i con inquietos arbustos separados por largos espacios, no conmovió mi sombría indiferencia.

Cuando el capitan del *steamer*, un *yankee* impertinente con cara de chivo, me propuso parar, al pasar a la altura de Nankin, para ir a recorrer las ruinas monumentales de la vieja ciudad de porcelana,—me opuse con un seco movimiento de cabeza, sin desviar siquiera los tristes ojos de la turbia corriente del rio.

Qué pesados i angustiosos me parecieron los dias que navegamos de Tien-Tsin a Tung-Chou,

en barcos chatos que apestaba el olor de los remeros chinos; ora a traves de tierras bajas inundadas por el Pei-hó, ora a lo largo de macilentos e interminables arrozales; cruzando aquí una lúgubre aldea cubierta de fango negro, mas allá un campo de amarillas sepulturas; topando a cada instante con cadáveres de mendigos, hinchados i verdosos, que seguian la corriente, bajo un cielo oscuro i cercano!

En Tung-Chou quedé sorprendido al ver una escolta de cosacos que mandaba a mi encuentro el viejo jeneral Camilloff, heróico oficial de las campañas del Asia Central, i entónces embajador de Rusia en Pekin. Yo le habia sido recomendado como un personaje importantísimo i estraordinario: i el verboso intérprete Sá-Tó, que él ponia a mi servicio, esplicóme que las cartas de sello imperial, anunciadoras de mi llegada, las habia recibido semanas atras por medio de los correos de la cancillería que atraviesan en trineo la Siberia, descienden a lomo de camello hasta la gran muralla tártara, i entregan ahí la balija a esos corredores mongoles, vestidos de cuero rojo, que dia i noche trotan con rumbo a Pekin.

Camilloff me enviaba un poney de la Manchu-

ria, ataviado de seda, i una tarjeta de visita con estas palabras trazadas con lápiz bajo su nombre: "*Salud! El animal es de blanda rienda.*"

Monto en el poney; i a un *hurrah!* de los cosacos, en un heróico ajitar de lanzas, partimos a escape por la polvorienta planicie—porque ya declina la tarde, i las puertas de Pekin se cierran cuando el último rayo de sol abandona las torres del Templo del Cielo.

Al principio seguimos un camino transitado por las caravanas, obstruido de enormes piezas de mármol desprendidas de la antigua Vía Imperial. Despues pasamos el puente de Pa-li-kao, todo de mármol blanco, flanqueado de soberbios dragones. Continuamos corriendo por la orilla de los canales de agua negra. Comienzan a aparecer los pomares; aquí i allá, aldeas de color azulado, anidadas al pié de las Pagodas. De súbito, en un recodo del camino, me detengo lleno de asombro...

Pekin está delante de mí! Es una muralla inmensa, monumental i bárbara, de color negruzco, que se estiende hasta perderse de vista, i se destaca, con la arquitectura babilónica de sus puertas de irregulares arcos, sobre un fondo vespertino de ensangrentada púrpura...

A la distancia, hácia el norte, entre vagas nieblas de tinte violado, se diseñan, como suspendidas en el aire, las montañas de la Mongolia...

Una litera magnífica me aguardaba en la puerta de Tung-Tsen-Men, para atravesar Pekin hasta la residencia militar de Camilloff. La muralla ahora, de cerca, parecia elevarse hasta los cielos con la soberbia de una construccion bíblica: a sus piés apiñábase una confusion de barracas, feria exótica, donde fluctuaba el rumor de la multitud i la luz de las oscilantes linternas heria ya el crepúsculo con vagas manchas color de sangre; los blancos toldos al pié del negro muro, hacian el efecto de una banda de mariposas que hubieran detenido su vuelo.

Sentíme triste; subí a la litera, cerrando luego las cortinas de seda escarlata bordadas de oro: i rodeado de cosacos, héme entrando a la vieja Pekin, por esa puerta babélica, por en medio de la turba tumultuosa, entre carretas, palanquines, caballeros mongoles armados de flechas, bonzos de alba túnica en marcha uno tras otro, i largas hileras de lentos dromedarios balanceando cadenciosamente su carga...

Despues de un corto momento la litera hizo

alto. El respetuoso Sá-Tó corrió las cortinas; i me ví en un jardin, oscuro i silencioso, donde, entre los sicomoros seculares, kioscos ilumina-dos brillaban con suave luz, como linternas co-losales asentadas en el césped, i, velada por la sombra, corria el agua murmurando. Bajo un peristilo de madera pintada de vermellon, alum-brado por hileras de faroles de papel trasparen-te, esperábame un fornido figuron de bigotes blancos, apoyado en una grande espada. Era el jeneral Camilloff. Avanzando hácia él, oia el ru-mor de las gacelas en lijera fuga por entre los árboles...

El viejo héroe me estrechó contra el pecho, i condújome luego, segun la costumbre china, al baño hospitalario,—amplia tina de porcelana, en la cual, entre finas rodelas de limon, flotaban esponjas blancas i se aspiraba un fuerte perfume de lilas...

Poco despues la luna bañaba con delicia los jardines, i yo, mui fresco, de corbata blanca, en-traba, tomado del brazo de Camilloff, al *boudoir* de la jenerala. Era alta i rubia; tenia los verdes ojos de las sirenas de Homero; en el escote bajo de su vestido de seda blanca llevaba prendida una rosa bermeja; i de sus dedos, en los cuales

posé mis labios, manaba un delicado aroma de sándalo i de té.

Conversamos mucho de Europa, del nihilismo, de Zola, de Leon XIII i de la flacura de Sara Bernhardt...

Por la galería abierta penetraba un aire cálido con olor de heliotropo.

Sentóse ella al piano,—i su voz de contralto hirió hasta tarde el silencio melancólico de la ciudad tártara, con las picarescas arias de *Madame Favart* i las deliciosas melodias del *Rei de Lahore*.

Al dia siguiente, por la mañana, encerrado con el jeneral en uno de los kioscos del jardin, contéle mi lamentable historia i el motivo fabuloso de mi viaje a Pekin. El héroe escuchaba, alisándose taciturnamente su espeso bigote de cosaco...

—¿Sabe chino mi apreciado huésped?—preguntóme de repente, fijando en mí su pupila sagaz.

—Sé dos palabras importantes, jeneral: *Mandarin* i *té*.

Pasóse la mano de gruesas venas por la horrible cicatriz que le surcaba la calva:

—*Mandarin*, amigo mio, no es palabra china, i en China nadie la entiende. Es el nombre que

en el siglo XVI dieron los navegantes del pais de usted, de su bello pais...

—Cuando teníamos navegantes... —murmuré, suspirando.

Él suspiró tambien, por cortesia, i continuó:

—...Que los navegantes de su pais dieron a los funcionarios chinos. Viene del lindo verbo...

—Cuando teníamos verbos... —dije en voz baja, por el hábito instintivo de deprimir a la patria.

Por un momento sus ojos redondos de viejo buho se dilataron,—i prosiguió paciente i grave:

—Del lindo verdo *mandar*... Le queda, por tanto, el *té*. Es vocablo que tiene un vasto papel en la vida china; pero lo juzgo insuficiente para servir en todas las relaciones sociales. Mi estimado huésped pretende desposar a una señora de la familia Ti-Chin-Fú, continuar la poderosa influencia que ejercia el Mandarin, sustituir, doméstica i socialmente, a ese llorado difunto... Para todo lo cual, dispone de la palabra *té*. Es poco.

No pude negar que era poco. El venerable ruso, arrugando su nariz corva, púsome todavía otras objeciones, que ví levantarse ante mi deseo como las mismas murallas de Pekin: ninguna

señora de la familia Ti-Chin-Fú consentiria jamas en casarse con un bárbaro; i seria imposible, absolutamente imposible, que el Emperador, el Hijo del Sol, otorgase a un estranjero los privilejiados honores de un Mandarin...

—Pero, por qué me los negará?—esclamé. Pertenezco a una buena familia de la provincia de Miño. Soi bachiller recibido; por lo cual, tanto en la China como en Coimbra, soi un hombre docto! He servido en una oficina pública... Poseo millones... Conozco el estilo administrativo...

El jeneral se inclinaba respetuoso ante esta abundancia de cualidades.

—No es—dijo al fin—que el Emperador pueda realmente negárselos: sino que el individuo que le propusiese tal cosa seria inmediatamente decapitado. La lei china, a este respecto, es clara i terminante.

Bajé la cabeza, lleno de afliccion.

—¡Pero, jeneral,—murmuré—yo quiero verme libre de la odiosa presencia del viejo Ti-Chin-Fú i su papagayo!... ¿Si yo entregase la mitad de mis millones al tesoro chino, ya que no me es dado emplearlos personalmente, como Mandarin, en la prosperidad del Estado?... Talvez se calmaria Ti-Chin-Fú...

—Error, jóven, considerable error! Esos millones nunca llegarian al tesoro imperial. Irian a caer en las insondables faltriqueras de las clases dirijentes: serian disipados en plantar jardines, coleccionar porcelanas, tapizar con pieles los pisos, i en darles sedas a las concubinas: no aliviarian el hambre de un solo chino, ni repararian una sola piedra de los caminos públicos... Sólo aumentarian el esplendor de la orjía asiática. El alma de Ti-Chin-Fú debe conocer bien el imperio: i eso no habria de satisfacerle.

—I si yo empleara parte de la fortuna del viejo mentecato en hacer particularmente, como filántropo, grandes distribuciones de arroz a la plebe hambrienta? Es una idea...

—Funesta, dijo el jeneral, frunciendo horriblemente el entrecejo. La corte imperial veria en ella en el acto una ambicion política, un tortuoso plan para ganarse la voluntad del pueblo, un peligro para la dinastía... Mi buen amigo seria decapitado... Grave asunto...

—¡Maldicion!—grité.—Entónces ¿para qué vine a la China?

El diplomático se encojió lijeramente de hombros; pero luego, mostrando en una sonrisa astuta sus dientes amarillos de cosaco, dijo:

—Haga usted una cosa. Busque a la familia de Ti-Chin-Fú... Yo indagaré del primer ministro, su excelencia el príncipe Tong, dónde se halla esa interesante prole... Reúnala, arrójele una o dos docenas de millones... Despues, disponga para el difunto rejios funerales. Que sean esos funerales de alto ceremonial: con comitiva de una legua, filas de bonzos, un mundo de estandartes, palanquines, lanzas, plumas, andas color grana, lejiones de plañideras lamentándose siniestramente, etc., etc... Si despues de todo esto su conciencia no se adormece i el fantasma insiste...

—¿Entónces?...

—Rebánese el cuello.

—Gracias, jeneral.

Miéntras tanto, una cosa era evidente, i en ella estaban de acuerdo Camilloff, el respetuoso Sá-Tó i la jenerala: para frecuentar la familia Ti-Chin-Fú, tomar parte en los funerales i mezclarme en la vida de Pekin, debia vestirme desde luego como un chino opulento de la clase ilustrada, para irme acostumbrando así al traje, a las maneras i al ceremonial mandarinesco...

Mi rostro amarillento, mi largo bigote caido,

favorecian la trasformacion;—i cuando a la siguiente mañana, despues de haber recibido la visita de los injeniosos costureros de la calle Shá—Coua, entré en la sala tapizada de seda escarlata, donde brillaban las porcelanas dispuestas para el almuerzo en la mesa negra,—la jenerala retrocedió como ante la aparicion del mismo Tong-Tché, Hijo del Cielo.

Llevaba una túnica de brocado azul oscuro abotonada al lado, con la parte del pecho ricamente bordada de dragones i flores de oro; por encima, un casaquin de seda de un tono azul mas claro, corto, amplio i finísimo, el pantalon de seda color avellana dejaba ver ricas babuchas amarillas cuajadas de perlas, i una parte de la media picada de estrellitas negras; a la cintura, en una linda faja bordada de plata, llevaba sujeto un abanico de bambú, de aquellos con el retrato del filósofo Lá-o-Tsé, que se fabrican en Swaton.

I, por las misteriosas correlaciones con que el vestido influye sobre el carácter, yo sentia ya animarse en mi espíritu sentimientos de chino:—el amor por los ceremoniales meticulosos, el respeto burocráticode las fórmulas, algunos puntos de escepticismo sabio; i tambien un abyectó temor al Emperador, el odio a los estranjeros,

el culto por los antepasados, el fanatismo tradicional, el gusto por las cosas azucaradas...

En alma i vientre era ya totalmente un Mandarin. No le dije a la jenerala:—*Bon jour, madame.* Doblando por la mitad el cuerpo, haciendo jirar los puños cerrados sobre la frente inclinada, hice con toda gravedad el *chin-chin!*.

—Adorable! precioso!—decia ella, con su linda risa, batiendo las manos pequeñitas i pálidas.

Esa mañana, en honor de mi nueva encarnacion, hubo un almuerzo chinesco. ¡Qué bonitas las servilletas de seda encarnada, con monstruos fabulosos dibujados en negro! El servicio empezó por ostras de Ning-Pó. Excelentes! Me sorbí dos docenas, con un intenso placer de chino. Despues vinieron deliciosas aletas de tiburon, ojos de carnero con picadillo de ajo, un plato de nenúfares en almíbar, naranjas de Canton, i, en fin, el arroz sacramental, el arroz de los abuelos...

Fué un delicioso festin, regado abundantemente por magnífico vino de Shau-Shigne. I al final, cuán gozoso recibí mi taza de agua hirviendo, en que dejé caer unas cuantas hojitas de té imperial, de la cosecha de marzo, cosecha que hacen, observando un sagrado rito, manos puras de vírjenes!...

Dos cantadoras entraron cuando fumábamos; i por largo rato, con una modulacion gutural, dijeron viejas cantigas de los tiempos de la dinastía Ming, al són de guitarras cubiertas de pieles de serpiente, que dos tártaros rasgueaban con una cadencia melancólica i bárbara. La China tiene encantos de un gusto raro.

Despues, la rubia jenerala nos cantó, graciosamente, la *Femme à barbe*; i cuando salió el jeneral con su escolta cosaca para el Yamen del príncipe Tong, a informarse de la residencia de la familia Ti-Chin-Fú, yo, repleto i bien dispuesto, me fuí acompañado de Sá-Tó a recorrer Pekin.

Camilloff tenia su residencia en la ciudad tártara, en el barrio de los militares i los nobles. Se disfruta en él de una gran tranquilidad. Las calles aseméjanse a largos caminos de aldea surcados por las ruedas de las carretas; i casi siempre se marcha pegándose al muro, de donde salen ramas horizontales de sicomoros.

A veces pasa rápidamente, al trote de un *poney* mongol, un cochecito de altas ruedas guarnecidas de clavos dorados; en él todo va oscilando, con el toldo, las colgantes cortinas de seda i los manojos de plumas en sus ángulos; en su interior

puede entreverse alguna linda dama china, cubierta de brocados claros, llena de flores la cabeza, haciendo jirar en sus manos dos aros de plata, con un aire de afectado tedio. Luego, es el aristocrático palanquin de un Mandarin, que *coolies* vestidos de azul, con la coleta suelta, conducen a un trote jadeante a los Yamens del Estado; les precede una puerca servidumbre que lleva en alto rollos de seda con inscripciones bordadas, que son insignias de autoridad; i adentro, el personaje de abultado abdómen, con enormes anteojos redondos, hojea sus papeles o dormita con el labio caido...

A cada momento nos deteníamos frente a las tiendas de lujo, con sus tableros verticales de letras doradas sobre fondo rojo: los clientes, en un silencio de iglesia, sutiles como sombras, van examinando las preciosidades:—porcelanas de la dinastía Ming, bronces, esmaltes, marfiles, sedas, armas cinceladas, maravillosos abanicos de Swaton; a veces una fresca muchacha de ojos oblícuos, túnica azul, i papelillos enredados en las trenzas, desdobla algun brocado raro ante un chino gordo que lo contempla beatíficamente, con los dedos cruzados sobre la panza; al fondo, el comerciante, aparatoso e inmóvil, escribe con

un pincel en largas tablillas de sándalo; i un dulce perfume que se desprende de las cosas, perturba i entristece...

Llegamos a la muralla que cerca la ciudad interdicta, morada santa del emperador. Jóvenes nobles bajan de la terraza de un templo donde han estado adiestrándose en disparar la flecha. Sá-Tó me dice sus nombres: son de la guardia escojida que en las ceremonias escolta el quitasol de seda amarilla, con el Dragón bordado, sacro emblema del emperador. Todos cumplimentaron con gran respeto a un viejo que pasaba, de barbas venerandas, con el casaquin amarillo, que es el privilejio del anciano; venia hablando solo, i llevaba en la mano una vara en que se posaban domesticadas alondras... Era un príncipe del imperio.

¡Estraño barrio!

Pero nada me divertia tanto como ver a cada rato, en la puerta de algun jardin, a dos mandarines panzones que, para entrar, se cambiaban interminables saludos, cortesías, escusas, graciosas sonrisas de etiqueta, todo un dogmático ceremonial—que les hacia oscilar de un modo picaresco, sobre los hombros, las largas plumas de pavo. Despues, si levantaba los ojos, veia

siempre hender el aire enormes cometas de papel, ora en forma de dragones, ora de cetáceos, ora de aves fabulosas,—llenando el espacio de una inverosímil lejion de monstruos trasparentes i ondulantes...

—Sá-Tó, basta ya de ciudad tártara! Vamos a los barrios chinos...

I allá fuimos, entrando a la ciudad china por la jigantesca puerta de Tchin-Men. En ella habitan la burguesía, el mercader, el populacho. Las calles son como trazadas con una regla; i en el piso vetusto i cenagoso, formado por las inmundicias que las jeneraciones han ido dejando desde siglos, todavía se vé una que otra de las losas de rosado mármol que lo cubrian ántes, en el tiempo de grandeza de los Ming.

A ambos lados se ven, ya terrenos abiertos en donde aullan manadas de hambrientos canes, ya oscuras hileras de casas ruinosas, ya pobres tiendas con sus livianas i pintarrajeadas muestras balanceándose en astas de hierro. A la distancia se levantan los arcos de triunfo hechos de listoncillos color púrpura, unidos en lo alto por un techo oblongo de tejas azules barnizadas, que brillan como esmaltes. Una multitud rumoreante i compacta, en que dominan los tonos

oscuros i azulados de los trajes, circula sin cesar; el polvo envuelve todo en una nube amarillenta; un hedor acre brota de los negros charcos; i a cada instante una larga caravana de camellos atraviesa la turba, conducida por sombríos mongoles vestidos con pieles de carnero.

Llegamos hasta los puentes echados sobre los canales, donde saltimbanques semidesnudos ejecutan juegos de destreza con una gracia bárbara i llena de habilidad; i me quedé mucho tiempo admirando a los astrólogos de largas túnicas, con dragones de papel pegados en las espaldas, que venden bulliciosamente horóscopos i consultas de los astros. ¡Oh, ciudad fabulosa i singular!

De repente, se eleva un clamoreo. Corremos: es un grupo de presos que un soldado de grandes anteojos empuja con el quitasol, i que van amarrados unos con otros por la coleta. Fué ahí, en esa avenida, donde ví el estrepitoso cortejo de los funerales de un Mandarin, en medio de numerosas oriflamas i banderolas: grupos de fúnebres individuos iban quemando papeles en hornillos portátiles; mujeres desguiñapadas jemian de dolor revolcándose sobre alfombras; despues levantábanse, chanceaban, i un coolí,

vestido de luto blanco, les servia té, de una gran tetera en forma de ave.

Pasando junto al Templo del Cielo, ví apiñada una lejion de mendigos: por vestido tenian un ladrillo colgado de un cordel a la cintura; las mujeres, con los cabellos sembrados de viejas flores de papel, roian tranquilamente los huesos; i cadáveres de niños podríanse al lado, miéntras volaban por encima los moscardones. Mas adelante encontramos atravesada en el camino una jaula, en la que un condenado tendia la descarnada mano por entre la reja, pidiendo limosna... Despues me mostró Sá-Tó, respetuosamente, una estrecha plaza: ahí, sobre columnas de piedra, descanzaban pequeñas jaulas que contenian cabezas de decapitados, i gota a gota caia de ellas una sangre espesa i negra...

—¡Uf!—esclamé, fatigado i aturdido.—Sá-Tó, ahora quiero reposo, silencio, i un cigarro de mucho precio...

Inclinóse; i por una grande escalera de granito me condujo arriba de las altas murallas de la ciudad, que forman una esplanada que cuatro carros de guerra pueden recorrer en fila por leguas de leguas.

I miéntras Sá-Tó, sentado al pié de una almena, bostezaba, en un desahogo de *cicerone* fastidiado, yo, fumando, contemplé por largo rato a mis piés la estensa Pekin...

Es como una formidable ciudad de la Biblia, Babel o Nínive, que el profeta Jonas empleó tres dias en atrevesar. El soberbio muro cuadrangular mira a los cuatro puntos del horizonte, con sus puertas de torres monumentales, a las que el aire azulado da la apariencia de trasparentes. I en la inmensidad de su recinto, aglomeránse en confusion el verdor de los bosques, lagos artificiales, canales que brillan como el acero, puentes de mármol, terrenos cubiertos de ruinas, tejados barnizados que relucen al sol; por todas partes pagodas, blancas terrazas de de templos, arcos triunfales, millares de kioscos sobresalientes entre el follaje de los jardines; despues, espacios de terreno que parecen montones de porcelanas, i otros semejantes a montículos de cieno; i siempre, a intervalos regulares, la vista se fija sobre algun bastión de aspecto heróico i fabuloso...

La multitud, junto a esas imponentes construcciones, se ve como un grano de arena que un viento suave arrastra en todos sentidos...

Ahí está el vasto palacio imperial, entre arbolados misteriosos, con sus tejados de un amarillo de oro vivo. ¡Quién pudiera penetrar sus secretos, i ver cómo se estiende, por las galerías superpuestas, la magnificencia bárbara de esas dinastías seculares!

Mas allá se eleva la torre del Templo del Cielo, semejante a tres quitasoles sobrepuestos; despues, la gran Columna de los Principios, hierática i fria como el jenio mismo de la raza; i mas adelante blanquean en una media tinta sobrenatural las terrazas de jaspes del Santuario de la Purificacion...

Entónces interrogo a Sá-Tó; i su dedo respetuoso me va señalando el Templo de los Antepasados, el Palacio de la Soberana Concordia, el Pabellon de las Flores i las Letras, el Kiosco de los Historiadores, que hacen brillar entre los bosques sagrados que los cercan, sus techos lustrosos de lozas azules, verdes, rojas i color limon. Yo devoraba con ávidos ojos esos monumentos de la antigüedad asiática, ansioso de conocer las inpenetrables castas que los habitan, la base de las instituciones, el significado de los cultos, el espíritu de su ciencia, la gramática, el dogma, la estraña vida interior de un cerebro

5 Mandarin.

de sabio chino... Pero ese mundo es inviolable como un santuario...

Sentéme en la muralla, i mi vista se perdió en la planicie arenosa que se dilata mas allá de las puertas, hasta llegar a los contrafuertes de las montañas mongólicas; ahí se arremolinan sin cesar interminables oleadas de polvo, i negrean a toda hora filas de pausadas caravanas... Entónces invadió mi alma una melancolía que el silencio de aquellas alturas, envolviendo Pekin, tornaba mas dolorosa: era como una nostaljia de mí mismo, como un gran pesar por sentirme aislado, perdido en ese mundo huraño i bárbaro: recordé, con los ojos húmedos, mi aldea de Miño, con su entrada que sombrean los robles; la venta, en cuya puerta se ve una rama de laurel; el cobertizo del herrador, i los arroyuelos tan frescos cuando verdea el lino...

Aquella era la época en que las palomas emigran de Pekin, con rumbo al sur. Ví como se reunian en bandadas por sobre mí, partiendo de los bosques, de los templos i de los pabellones imperiales; cada una llevaba, para ahuyentar los milanos, un pequeño tubo de bambú en que silbaba el aire; i pasaban como blancas nubes impelidas por blanda brisa, exhalando en medio del

silencio un leve i melancólico suspiro, una vibracion eolia que luego se estinguia...

Torné a casa, displicente i pensativo.

A la hora de la comida, Camilloff, desdoblando su servilleta, preguntóme bondadosamente por mis impresiones de Pekin.

—Pekin, jeneral, me hace pensar en los versos de un poeta nuestro:

En los rios que atraviesan
por Babilonia, me hallé...

—Pekin es un monstruo! dijo Camilloff, moviendo gravemente su cabeza calva.—I hai que considerar que a la conquistadora clase tártara, dueña de esta capital, obedecen trescientos millones de hombres, de una raza intelijente, laboriosa, paciente, prolífica, imvasora... Estudian nuestras ciencias...—Una copa de Médoc, Teodoro?...—Tienen una marina formidable! El ejército, que en otra época pretendia batir a los estranjeros con dragones de carton que arrojaban culebrillas de fuego, ha adoptado la táctica prusiana i el fusil de aguja! Cuestion grave!

—I todavía, jeneral, en mi pais, cuando a propósito de Macao se habla del Imperio Celeste, los bravos se pasan la mano por la melena i di-

cen neglijentemente: *Mandamos cincuenta hombres, i barremos la China...*

Despues de esta necedad—hubo un rato de silencio. I el jeneral, tras de toser de un modo estruendoso, murmuró afablemente:

—Portugal es un bello pais...

Yo esclamé con tono áspero i resuelto:

—Es una basura, jeneral.

La jenerala, colocando con delicadeza en el borde del plato una ala de pollo, i limpiándose el dedito, dijo:

—Es el pais de la cancion de Mignon. Allá es donde florece el naranjo...

El gordo Meriskoff, doctor de la Universidad de Bonn, canciller de la legacion, hombre de poesías i comentarios, observó con respeto:

—Jenerala, el dulce pais de Mignon es la Italia: *¿Conoces la tierra privilejiada donde florece el naranjo?* El divino Gœthe referíase a Italia, *Italia mater...* Italia será el eterno amor de la humanidad sensible!

—Mi preferida es Francia!—suspiró la esposa del primer secretario, una muñequita pecosa, de cabellos rojizos.

¡Ah, Francia!...—murmuró un agregado, revirando unos ojos ternísimos.

El gordo Meriskoff montóse los lentes de oro:

—Francia padece de un mal, que es la cuestion social...

—¡Oh, la cuestion social!—dijo sombriamente Camilloff.

—¡Ah, la cuestion social!... observó gravemente el agregado.

I discurriendo con tanta sabiduría, llegamos por fin al café.

Bajando al jardin, la jenerala, que se apoyaba sentimentalmente en mi brazo, me murmuró junto al rostro:

—¡Ai! quién me diera vivir en esos paises apasionados donde verdeguean los naranjales!...

—Es allá donde se ama, jenerala—le respondí en secreto, conduciéndola dulcemente hàcia la oscuridad de los sicomoros...

V.

FUÉ necesario todo un largo verano para descubrir la provincia en donde habitara el difunto Ti-Chin-Fú.

¡Qué procedimientos administrativos tan pintorescos, tan chinescos! El servicial Camilloff, que empleaba los dias enteros en recorrer los Yamens del Estado, tuvo ante todo que probar que el deseo de conocer la residencia de un viejo Mandarin no encubria una conspiracion contra la seguridad del Imperio; i, despues, todavía le fué preciso jurar que esta curiosidad no tenia un fin atentatorio contra los ritos sagrados. Entónces, satisfecho, permitió el príncipe Tong que se hiciese una investigacion imperial: centenares de escribas perdieron el color pasando dia i noche, con el pincel en la mano, ocupados en redactar sus informes sobre papel de arroz; misteriosas conferencias tenian lugar incesantemente en todas las secciones de la Ciudad Imperial, desde

el Tribunal Astronómico hasta el Palacio de la Excelsa Bondad; i una multitud de coolíes conducian de la legacion rusa a los kioscos de la Ciudad Interdicta, i de ahí a la Galería de los Archivos, angarillas que se rompian al peso de los lios de vetustos documentos...

Cuando Camilloff preguntaba *por el resultado*, dábasele la satisfactoria respuesta de estarse consultando los Sagrados Libros de Lá-o-Tsé, o de que iban a ser sometidos a estudio viejos testos del tiempo de Nor-ha-shú. I para calmar la impaciencia bélica del ruso, el príncipe Tong enviaba, junto con sus atentos recados, algun sabroso presente de confites rellenos o de yemas de bambú en almíbar...

Miéntras el jeneral trabajaba sin descanso por encontrar a la familia Ti-Chin-Fú—yo tejia horas de seda i oro (como dice un poeta japonés) a los piés pequeñines de la jenerala.

Habia en el jardin un kiosco bajo los sicomoros, que se denominaba, a la manera china, del *Reposo discreto:* por su lado pasaba un arroyuelo murmurando dulcemente, bajo un puentecito rústico pintado de color rosa. Las paredes eran formadas apénas por un tejido de lijero bambú forrado en seda color ganga: el sol pa-

sando al traves de ellas, producia una luz sobrenatural de ópalo pálido. Al centro habia un muelle divan de seda blanca, poético cual nube matutina, atrayente como un lecho nupcial. En los rincones, en ricas jarras trasparentes de la época de Yeng, erguíanse, con su aristocrática jentileza, lirios rojos del Japon. Finas esterillas de Nankin cubrian el piso; i junto a la ventana recortada, sobre un elegante pedestal de sándalo, descansaba un abanico abierto, formado de láminas de cristal, que el aire que pasaba hacia vibrar con una modulacion melancólica i tierna.

Las mañanas de fines de agosto son en Pekin de una dulzura embriagadora; vaga entónces en el aire un enternecimiento otoñal. A esa hora, el consejero Meriskoff i los oficiales de la legacion, hallábanse siempre en la cancillería, *despachando la mala* para San Petersburgo.

Entónces yo, con mi abanico en la mano, deslizándome sijilosamente sobre la punta de mis babuchas de raso por los caminillos arenados del jardin, iba a entreabrir la puerta del *Reposo discreto*:

—¿Mimí?

I la voz de la jenerala respondia, dulce como un beso:

—*All right...*

¡Qué linda se veia en su traje de dama china! En su moño alto blanqueaban flores de melocoton; i las cejas parecian mas correctas i negras, avivadas por la tinta de Nankin. El camisolin de gasa, bordado de filigrana de oro, se pegaba a sus senos pequeñitos i erectos; anchos, sueltos pantalones de foulard color *muslo de Ninfa*, que le daban la gracia de una mujer de serrallo, caíanle sobre el fino tobillo cubierto de amarilla media de seda; i en su pequeña chinela apénas si cabian tres dedos de mi mano...

Se llamaba Vladimira; habia nacido cerca de Nidji-Novogorod, i recibido su educacion de una tia vieja que admiraba a Rousseau, leia Faublas, se empolvaba el cabello, i parecia la ruda copia cosaca de una dama galante de Versalles...

El sueño de Vladimira era vivir en Paris; i, haciendo hervir delicadamente las hojas de té, pedíame le contara maliciosas historias de *cocottes*, i me confesaba su culto por Dumas hijo...

Yo le subia la larga manga de la túnica de seda color de hoja seca, i hacia viajar mis labios devotos por la fresca piel de sus bellos brazos; i despues en el divan, estrechándonos con pasion, el pecho contra el pecho, en un éstasis mudo,

oíamos el eólico sonido de las láminas de cristal, los aleteos de las pegas azules entre los plátanos, i el blando ritmo del fujitivo arroyuelo...

Nuestros ojos humedecidos encontraban a veces, por sobre el divan, un cuadro de raso negro, en el cual se destacaban, en caractéres chinos, sentencias del Libro Sagrado de Li-Nun "sobre los deberes de las esposas." Pero ninguno de nosotros entendia el chino... I en medio del silencio, nuestros besos volvian a comenzar, espaciados, sonando dulcemente, comparables (en el galano idioma de aquellos paises) a perlas que cayeran una por una sobre una bandeja de plata...—¡Oh! siestas deliciosas de los jardines de Pekin! ¿dónde estais? ¿¿Dónde estais, pétalos marchitos de los lirios rojos del Japon?...

¡Una mañana, Camilloff, entrando a la cancillería, donde me hallaba fumando la fraternal cachimba en union de Meriskoff, arrojó su enorme sable sobre un canapé, i contónos, radiante de júbilo, las noticias que le diera el sagaz príncipe Tong.—Sabíase ya que un opulento Mandarin, llamado Ti-Chin-Fú, habia vivido otro tiempo en los confines de la Mongolia, i habitado en la villa de Tien-Hó. Habia muerto repen-

tinamente; i su larga descendencia residia allá, en la miseria, en una casa arruinada...

Cierto era que este descubrimiento no se debia a la sagacidad de la burocracia imperial,—pero habíalo hecho un astrólogo del templo de Faqua, que hojeó durante veinte noches en el cielo el luminoso archivo de los astros...

—Teodoro, ese ha de ser su hombre!—esclamó Camilloff.

I Meriskoff repitió, sacudiendo la ceniza de la cachimba:

—Ha de ser su hombre, Teodoro!

—Mi hombre...—murmuré sombriamente.

Sí, era talvez *mi hombre*! Sin embargo, no me seducia la idea de ir en busca de *mi hombre* o su familia, en una monótona caravana, por esas despobladas estremidades de la China!... Además, desde mi llegada a Pekin, no habia vuelto a divisar la figura odiosa de Ti-Chin-Fú i su papagayo. Mi conciencia parecía una paloma dormida. Era indudable que el grande esfuerzo para arrancarme a los deleites del *boulevard* i del Loreto, i el haber surcado los mares hasta el Imperio del Centro, habia parecido a la Eterna Equidad una expiacion suficiente i una peregrinacion reparadora. Era indudable

que Ti-Chin-Fú, apaciguado, habíase reducido con su papagayo a la sempiterna inmovilidad... ¿A qué iria, pues, a Tien-Hó? ¿Por qué no quedarme en la amable Pekin, comiendo nenúfares en almíbar, abandonándome a las amorosas somnolencias del *Reposo discreto*, i dando mi paseo vespertino, cojido del brazo del buen Meriskoff, por las terrazas de jaspe de la Purificacion o bajo los cedros del Templo del Cielo?...

Pero ya el amable Camilloff, lapiz en mano, me señalaba en el mapa mi itinerario hasta Tien-Hó. I me decia, mostrándome, en un desagradable entrelazamiento, sombras de montañas, líneas tortuosas de rios, i estensiones ocupadas por lagunas:

—Esto es. Mi amigo sube hasta Ni-ku-hé, a orillas del Pei-Hó... De ahí, en los barcos chatos, va hasta My-yun. Agradable ciudad; hai en ella un Buddha vivo... De ahí, a caballo, sigue hasta la fortaleza de Shé-hia. Pasa la gran muralla ¡soberbio espectáculo!... Descansa en el fuerte de Ku-pi-hó. Ahí puede cazar gacelas. ¡Magníficas gacelas!... I, con dos dias de camino, ya está en Tien-Hó... ¿Bello viaje, eh?... ¿Cuándo quiere partir? ¿Mañana?...

—Mañana—murmuré, melancólicamente.

¡Pobre jeneral! Esa noche, miéntras Meriskoff, en el fondo del salon, jugaba con tres oficiales de la embajada su *whist* sacramental, i Camilloff, en el rincon del sofá, cruzados los brazos, solemne como en una poltrona del Congreso de Viena, dormia con la boca abierta—sentóse ella al piano. Yo, a su lado, en la actitud de un Lara anonadado por la fatalidad, me retorcia tristemente el bigote. I la dulce criatura, entre dos jemidos del teclado, de un penetrante dolor, cantó, volviendo hácia mí sus ojos brillantes i húmedos:

L'oiseau s'envole,
Là bas, là bas!...
L'oiseau s'envole...
Ne revient pas...

—El ave tiene que volver al nido, le dije, enterneciéndome.

I, alejándome para ocultar una lágrima, refunfuñaba colérico:

—Ti-Chin-Fú canalla! ¡Tú tienes la culpa! ¡Viejo vagabundo! ¡Viejo bribon!...

Al siguiente dia salí para Tien-Hó—con el respetuoso intérprete Sá-Tó, una larga hilera de carretas, dos cosacos i una multitud de coolíes.

Despues de trasponer la muralla de la ciudad tártara, seguimos por mucho tiempo a lo largo de los jardines sagrados que orlan el templo de Confucio.

Era a fines del otoño: las hojas ya estaban amarillas; una dulzura que hacia languidecer, erraba por el aire...

De los kioscos santos brotaba un susurro de himnos, cuyas notas eran monótonas i tristes. Por las terrazas, enormes serpientes, veneradas como dioses, íbanse arrastrando, entorpecidas por el frio. I ora aquí, ora mas allá, veíamos al pasar, buddhistas decrépitos, secos como pergaminos i nudosos como raices, encruzados en el suelo bajo los sicomoros, en una inmovilidad de ídolos, contemplándose incesantemente el ombligo, en espera de la perfeccion del Nirvana...

I yo iba pensando, con una tristeza sombría como ese cielo de octubre asiático, en las dos lágrimas que viera brillar, al despedirnos, en los ojos verdes de la jenerala!...

VI.

YA declinaba la tarde, i el sol descendia rojo como un escudo de candente metal, cuando llegamos a Tien-Hó.

Las negras murallas de la ciudad se levantan, del lado sur, al pié de un torrente que ruje entre grandes rocas: hácia el este, la planicie sombría i polvorienta estiéndese hasta un grupo oscuro de colinas, donde se vé blanquear un estenso edificio—que es una Mision Católica. I mas allá, hácia el estremo oriente, están las eternas vermejas montañas de la Mongolia, siempre con su apariencia de nubes suspendidas en el aire.

Alojamos en un fétido barracon intitulado: *Posada del Alivio Terrenal.* Se me reservó el cuarto principal, cuya entrada hallábase en una galería construida sobre estacas; estaba estrañamente adornada de dragones de papel, colgados por hilos de las vigas; al mas leve airecillo, aquella lejion de monstruos fabulosos se balan-

ceaba cadenciosamente, con un rumor seco de follaje, como animada de una vida sobrenatural i grotesca.

Ántes de que oscureciese fuí con Sá-Tó a recorrer la ciudad; pero bien pronto me hizo huir el hedor abominable de sus callejuelas; todo me pareció negro—las casas arruinadas, el suelo barroso, los charcos, los perros hambrientos, el populacho miserable... Me recojí a mi alojamiento —donde arrieros mongoles i chiquillos piojosos me miraban con asombro.

—Toda esa jente me parece sospechosa, Sá-Tó —dije, arrugando la frente.

—Vuestra Honra tiene razon. Es una ralea! Pero no hai peligro: yo maté, ántes de partir, un gallo negro, i la diosa Kaonine debe estar contenta. Vuestra Honra puede dormir libre de los malos espíritus... ¿Quiere té, Vuestra Honra?...

—Dáme, Sá-Tó.

Bebido el té, conversamos del *gran proyecto:* a la siguiente mañana llevaria la alegría a la choza de la viuda de Ti-Chin-Fú, anunciándole los millones que le daba, depositados ya en Pekin; despues, de acuerdo con el Mandarin Gobernador, haríamos al pueblo una abundante dis-

tribucion de arroz; i por la noche, iluminaciones, bailes, toda una fiesta pública...

—¿Qué te parece, Sá-Tó?

—En los labios de Vuestra Honra habita la sabiduría de Confucio... ¡Grandioso! ¡Grandioso!

Como estaba cansado, luego comencé a bostezar, i me tendí sobre el banco de ladrillo caliente que sirve de lecho en las fondas de la China; envuelto en mi capote de pieles, hice la señal de la cruz, i me dormí pensando en los brazos blancos de la jenerala i en sus verdes ojos de sirena...

Era talvez media noche, cuando me hizo despertar un rumor lento i sordo que envolvia el barracon—como de fuerte viento en una arbolado, o de una gruesa marejada azotando un muro. Por la galería abierta, la luna entraba al cuarto, una triste luna de otoño asiático, que daba a los dragones colgados del techo, fantásticas apariencias...

Enderecéme, nervioso ya, cuando un bulto, alto e inquieto, apareció frente a la antorcha luminosa de la luna...

—Soi yo, Vuestra Honra!—murmuró la espantada voz de Sá-Tó.

I luego, inclinándose a mi lado, contóme en un flujo de ahogadas palabras su afliccion: miéntras

yo dormia, habíase estendido por la ciudad la noticia de que un estranjero, el *Diablo estranjero*, habia llegado con equipajes cargados de tesoros... Desde que comenzara la noche ya habia divisado él rostros inquietantes, de ávida mirada, rondando cerca del barracon, como chacales impacientes... I habia ordenado luego a los coolíes que atrincherasen la puerta con los carros de los equipajes, formados en semi-círculo a la vieja manera tártara... Pero poco a poco la horda aumentaba en número... Ahora acababa de espiar por un postigo, y habia visto en torno de la posada todo el pueblo de Tien-Hó que se cuchicheaba siniestramente... La diosa Kaonine no se habia satisfecho con la sangre del gallo negro!... Por otra parte, él habia visto en la puerta de una pagoda, una cabra negra que reculaba!... Seria una noche de terrores!... I su pobre mujer, el hueso de su hueso, estaba tan distante, allá en Pekin!...

—¿I ahora, Sá-Tó? pregunté.

—Ahora, Vuestra Honra, ahora...

Calló; i su escuálida figura temblaba, encojiéndose como un perro bajo el azote.

Aparté al cobarde, i adelantéme hácia la galería. Abajo, en el muro sotechado del frente, pro-

yectábase una espesa sombra. Ahí, en efecto, estaba apiñada una turba negra. A veces una figura, arrastrándose, adelantaba en el espacio alumbrado, acechaba i olfateaba las carretas, i al sentir herido el rostro por la luz de la luna, retrocedia vivamente, fundiéndose en la oscuridad; i como el sotechado era bajo, centelleaba por momentos el hierro de alguna lanza que se inclinaba...

—¿Qué quiere esa canalla?—grité en portugués.

A este estraño acento, de en medio de la tiniebla brotó un rujido: inmediatamente vino una piedra a romper junto a mí el papel encerado de la celosía; despues silbó una flecha, que, pasando por sobre mi cabeza, se clavó en un palo...

Bajé rápidamente a la cocina de la posada. Mis coolíes, en cuclillas sobre los calcañares, llenos de terror, castañeteaban sus dientes; i los dos cosacos que me acompañaban, impasibles junto al hogar, fumaban la pipa, con el sable apoyado en las rodillas.

El viejo posadero de anteojos, una vieja andrajosa que viera en el patio encumbrando una cometa de papel, los arrieros mongoles, los chiquillos piojosos, habian desaparecido; tan sólo habia quedado un viejo, ebrio de opio, echado

como un fardo en un rincon. Afuera, vociferaba la multitud.

Interpelé entónces a Sá-Tó, que estaba por desmayarse, arrimado a una viga: nosotros carecíamos de armas; los dos cosacos, solos, no podian repeler el asalto: era necesario, pues, ir a despertar al Mandarin Gobernador, manifestarle que yo era un amigo de Camilloff, un convidado del príncipe Tong, e intimarle viniese a dispersar la turba i mantener la santa lei de la hospitalidad!...

Pero Sá-Tó manifestóme con una voz débil como un soplo, que seguramente era el Gobernador quien dirijia el asalto. Desde las autoridades hasta los mendigos, la fama de mi riqueza, la historia de las carretas cargadas de oro, habíanles despertado todos los apetitos... La prudencia ordenaba, como santa disposicion, abandonar parte de los tesoros, mulas, cajas de comestibles...

—¿I hemos de quedar aquí, en esta aldea maldita, sin camisas, sin dinero, sin alimento?...

—Pero con una vida robusta, Vuestra Honra!

Cedí. I ordené a Sá-Tó que propusiese a la turba una abundante distribucion de sapeques,—si consentia en recojerse a sus casas i respetar en nosotros a los huéspedes enviados por Buddha...

Sá-Tó subió temblando a la galería, i arengó luego a la chusma, ajitando los brazos, lanzando las palabras con la violencia de un perro que ladrara. Yo abrí una maleta, i le fuí pasando cartuchos, sacos de sapeques—que él arrojaba a puñados, con un jesto de sembrador... Abajo formábase por instantes un tumulto furioso bajo la lluvia del metal; despues se oia un lento suspiro de gula satisfecha; luego el silencio, en una suspension *de quien espera mas...*

—Mas!—murmuraba Sá-Tó, volviéndose angustiado hácia mí.

Lleno de indignacion pasábale otros cartuchos, otros rollos, otros haces de monedas de medio real prendidas en cordeles... La maleta ya estaba vacía. La turba, insaciable, continuaba rujiendo.

—¡Mas, Vuestra Honra!—suplicó Sá-Tó.

—¡No tengo mas, criatura! El resto está en Pekin!

—¡Oh, divino Buddha! ¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!—esclamó Sá-Tó, cayendo de rodillas.

El populacho, en silencio, esperaba todavía. De repente, un salvaje clamoreo rasgó el aire. I sentí como aquella ávida multitud se lanzaba

sobre las carretas que, en semi-círculo, defendían la puerta: al choque, todo el maderamen de la *Posada del Alivio Terrenal* crujió i osciló...

Corrí al balcon. Abajo veíase una loca aglomeracion en torno de los carros derribados; las hachas relucian al caer sobre las tapas de las cajas; el cuero de las maletas abríase hendido por innumerables manos; en el portal, los cosacos se debatian, en medio de gritos, bajo los machetes. Aunque habia luna, ví alrededor del barracon antorchas que vagaban arrojando chispas: elevábanse gangosos alaridos que hacian aullar a lo léjos a los perros; i de todas las callejuelas, desembocaba corriendo el populacho, tropel de sombras lijeras, ajitando picas i curvas guadañas...

Súbitamente, en el piso bajo, oí el tumulto de la turba que lo invadia por las puertas despedazadas: seguramente me buscaban, suponiendo que tendria conmigo lo mejor del tesoro, piedras preciosas o joyas... El terror me hizo perder el juicio. Corrí hácia una reja de bambúes que daba al patio. La rompí i salté sobre un monton de malezas, del que brotaba un olor nauseabundo. Mi poney, sujeto a un poste, relinchaba, tirando furiosamente de su atadura: salté sobre él, i aferréme de sus crines...

En ese momento, por el porton de la destrozada cocina, hizo su aparicion una horda provista de linternas i lanzas, en delirante clamoreo. El poney, espantado, salta un arroyo; silba una flecha a mi lado; despues me cae un ladrillo en el hombro, otro me da en los riñones, otro sobre el anca del poney, otro mas grande me rasga la oreja! Agarrado desesperadamente de las crines, jadeante, con la lengua de fuera, la oreja goteando sangre, voi lanzado a escape en furiosa carrera a lo largo de una calle negra... De repente veo delante de mí la muralla, un bastion, la puerta del pueblo cerrada!

Entónces, desesperado, sintiendo tras de mí el rujir de la turba, abandonado de todo socorro humano—*tuve necesidad de Dios!* Creí en Él, i le grité que me salvase; i en mi confundido espíritu reunia, para ofrecérselos, fragmentos de oraciones, de *Salve-Reinas*, que aún me quedaban en el fondo de la memoria... Volvíme sobre el anca del caballo: a cierta distancia desembocaron por una esquina llamas de hachones: era la canalla!... Solté al instante la carrera a lo largo de la alta muralla, que se estendia como una larga cinta negra furiosamente desenrrollada: de súbito veo una brecha, un boqueron erizado de zar-

zas, i afuera la llanura, que, a la luz de la luna, parecia vasta estension de agua adormecida. Lancéme hácia allí, desesperadamente, sacudido por el galope del caballo... I galopeé largo rato por el descampado.

De repente, el poney, i yo mismo, rodamos con una sorda caida. Era una laguna. Me entró a la boca el agua pútrida, i los piés se me enredaron en las blandas raices de los nenúfares... Cuando me levanté, afirmándome en el suelo, ví que el poney corria, a mucha distancia, como una sombra, con los estribos al viento...

Entónces principié a caminar por aquella soledad, enterrándome en la tierra cenagosa, i atravesando matorrales de espinos. La sangre de la oreja me goteaba sobre el hombro; el frio del llano, la ropa enlodada, conjelábanme la sangre; i a veces, entre la sombra, parecíame ver brillar ojos de fieras en acecho.

Por fin llegué a un lugar cubierto de piedras sueltas, donde descansaba, a la sombra de un arbusto negro, un monton de aquellos amarillos ataúdes que los chinos abandonan en los campos i en los cuales se pudren los cuerpos. Me dejé caer, desfallecido, sobre un cajon; pero una fetidez abominable flotaba en el aire; i al apoyarme,

palpé la viscosidad de un líquido que se escurria por las hendiduras de las tablas... Quise huir. Pero mis piernas, que temblaban, resistian a mi voluntad; i árboles, rocas, la crecida yerba, todo el horizonte comenzó a jirar en torno mio como un disco animado de rápido movimiento. Ensangrentadas centellas temblaban ante mis ojos; i me sentí como cayendo de mui alto, pero con suma lentitud, a modo de una pluma que fuera bajando...

Cuando volví en mí, halléme tendido sobre un banco de piedra, en el patio de un estenso edificio semejante a un convento, que un silencio profundo envolvia. Dos padres lazaristas lavábanme con suavidad la oreja. Un aire fresco circulaba; la roldana de un pozo crujia lentamente; una campana tocaba a maitines. Alcé los ojos, i divisé una fachada blanca con ventanillas enrejadas i una cruz en su parte mas alta; entónces, viendo en aquella paz del claustro católico un rincon de la patria, que me daba alivio i consuelo, dos lágrimas silenciosas brotaron de mis párpados.

VII

POR la madrugada, dos padres lazaristas, que se dirijian a Tien-Hó, habíanme encontrado desmayado en el camino. I, segun decia el alegre padre Loriot, "ya era tiempo"; porque en torno de mi cuerpo, habíase posado un negro semi-círculo de esos grandes i lúgubres cuervos de la Tartaria, que me contemplaban llenos de apetito.....

Lleváronme sin demora en angarillas al convento, i grande fué el regocijo de la comunidad cuando se impuso de que yo era latino, cristiano i súbdito de los Reyes Fidelísimos. El convento forma allí el centro de un pequeño burgo católico, apiñado alrededor de la alta mansion como un caserío de siervos al pié de un castillo feudal. Su existencia data desde los primeros misiones que viajaron por la Manchuria. Porque estábamos en los confines de la China: mas allá está la Mongolia, inmenso campo verde-oscuro, vegas

sin fin, que aquí i allá se iluminan con el matiz de las flores silvestres.....

Ahí se dilata la vasta planicie de los Nómades. De mi ventana veia yo negrear los círculos de tiendas cubiertas de fieltro o de pieles de carnero; i a veces asistia a la partida de una tribu, en largas caravanas, llevando sus rebaños hácia el oeste...

El Superior lazarista, era el excelente padre Julio. La larga permanencia entre las razas amarillas, tornáralo casi en un chino: cuando lo encontraba en el claustro con su túnica roja, la coleta larga, la barba venerable, ajitando blandamente un enorme abanico—parecíame algun sabio letrado mandarin comentando metalmente en la paz de un templo, el sacro libro de Shú. Era un santo; pero el olor a ajos que exalaba—debia alejarle las almas mas doloridas i necesitadas de consuelo.

Conservo grata memoria de los dias allí pasados. Mi cuarto blanqueado con cal, i en que habia una negra cruz, tenia un recojimiento de celda. Despertaba siempre al toque de maitines. Por respeto a los viejos misioneros iba a oir la misa que se decia en la capilla; i enternecíame ver allí, tan léjos de la patria católica, en aque-

llas tierras mongólicas, la clara luz de la mañana brillando en la casulla con la cruz bordada del sacerdote, que se inclinaba delante del altar, —i oir cecear en el apacible silencio—los *Dominus vobiscum* i los *Cum spiritu tuo*...

Por la tarde iba a la escuela, a entretenerme oyendo declinar por los chinos pequeñuelos el *Hora, Horae*...I despues del refectorio, paseándome por el claustro, escuchaba historias de lejanas misiones, de viajes apostólicos al *Pais de las Yerbas*; las prisiones soportadas; las marchas; los peligros; las crónicas heróicas de la fé...

Por mi parte, me abstuve de contar en el convento mis fantásticas aventuras: dime por un turista curioso que iba tomando notas por el Universo. I esperando que mi oreja cicatrizase, abandonábame, llena el alma de lasitud, a la paz de aquel monasterio...

Pero estaba decidido a dejar bien de prisa la China, ese Imperio bárbaro, que odiaba ahora con toda el alma.

Cuando me ponia a pensar que habia ido desde los confines del Occidente para llevar a una provincia china la abundancia de mis millones, i que llegando me habian saqueado, apedreado,

atacado a flechazos—me dominaba un inexorable rencor, me paseaba ajitado horas enteras por el cuarto, imajinando cosas feroces que intentaria para vengarme del Imperio del Centro.

Retirarme con mis millones era la venganza mas práctica i mas fácil. Ademas, mi idea de hacer resucitar artificialmente, para bien de la China, la personalidad de Ti-Chin-Fú, parecíame ahora absurda, insensata como un sueño. Yo no conocia el idioma, ni las costumbres, ni la relijion, ni las leyes, ni los sabios de aquella raza. ¿Qué haria entónces allí, sino esponerme, por la ostentacion de mi riqueza, a los asaltos de un pueblo que hace cuarenta i cuatro siglos es pirata de los mares i barre la tierra con su rapiña?...

Por otra parte, Ti-Chin-Fú i su papagayo continuaban haciéndose invisibles, encumbrados probablemente en el cielo chinesco de sus abuelos; i ya la calma que habia reemplazado al visible remordimiento, disminuia en mí singularmente el deseo de la espiacion...

Sin duda el viejo letrado estaba cansado de abandonar esas altas rejiones para venir a tenderse sobre mis muebles. Vió quizás mis esfuerzos, mi deseo de ser útil a su prole, a su provincia, a su raza,—i satisfecho, habíase acomodado

regaladamente para dormir su siesta eterna. Ya no volveria a ver su panza amarilla...

I ¡entónces me halagaba la esperanza de verme tranquilo i libre, en el pacífico goce de mi dinero, en el Loreto o en el *boulevard*, libando la miel de la flores de la civilizacion.

Pero, la viuda de Ti-Chin-Fú, las delicadas señoras de su descendencia, los nietos pequeñuelos, ¿los abandonaria yo bárbaramente al hambre i al frio, en las negras callejuelas de Tien Hó? Nó. Ellos no eran culpables de las pedradas que me asestara el populacho. I yo, cristiano, asilado en un convento cristiano, con el Evanjelio a la cabecera de la cama, rodeado de seres que eran la encarnacion de la Caridad—no podia partir del Imperio sin restituir a aquellos que despojara, la abundancia i ese conforte honesto que recomienda el Clásico de la Piedad Filial...

Entónces le escribí a Camilloff. Contéle mi vergonzosa fuga bajo las piedras de la turba china; la acojida cristiana que me hiciera la mision; i el vivo deseo de partir del Imperio del Centro. Pedíale que remitiese a la viuda de Ti-Chin-Fú los millones depositados por mí en casa del comerciante Tsing-Fó, en la avenida de Sha-Coua, fren-

te al arco triunfal de Tong, junto al templo de la diosa Kaonine.

El alegre padre Loriot, que iba en comision a Pekin, llevó la carta, que lacré con el sello del convento,—una cruz que salia de un corazon entre llamas...

Pasaron los dias. Las primeras nieves blanquearon en las montañas septentrionales de la Manchuria; i yo me entretenia en cazar gacelas en el Pais de las Yerbas... Horas enérjica i robustamente vividas las de aquellas mañanas en que soltaba la carrera al pleno aire de la llanura, entre los monteros mongoles que, con gritos agudos i vibrantes, batian el matorral. A veces saltaba una gacela, i con las orejas gachas, tendido el fino cuerpo, partia como el viento... Soltábamos el halcon que se iba volando sobre ella, con seguras alas, dándole, a espacios regulares, con toda la fuerza de su corvo pico, grandes picotones sobre el cráneo. I la derribábamos, por fin, a la orilla de alguna agua estancada, cubierta de nenúfares... Entónces los perros negros de la Tartaria, amontonábanse sobre el vientre, i, con las patas en la sangre, desmenuzaban sus entrañas...

Una mañana, el lego de la portería divisó por

fin al alegre padre Loriot, de vuelta de Pekin, trepando a prisa por el empinado camino del burgo, con su mochila al hombro i un niño en los brazos, al cual habia encontrado abandonado, desnudo i muriéndose a la orilla de un camino; habíalo bautizado luego en una poza con el nombre de *Bien Hallado;* i lo traia, todo enternecido, jadeante por lo mucho que apresurara el paso, para dar pronto a la hambrienta criaturita la buena leche de cabra del convento.

Despues de abrazar a los relijiosos i de enjugarse las gruesas gotas de sudor, sacó de su faltriquera un sobre con el sello del águila rusa.

—Esto es, amigo Teodoro, lo que manda papá Camilloff. Quedó mui bueno. Lo mismo la señora...Todos mui ríjidos.

Corrí a leer en un rincon del claustro las dos hojas de prosa. Mi buen Camilloff, el de la calva severa i ojos de mochuelo! ¡Con qué orijinalidad sabia unir al fino tacto de un hombre hábil en asuntos de Cancillería, la gracia picaresca del diplomático buhol. La carta decia así:

"Carísimo Teodoro, amigo i huésped:

"A las primeras líneas de su carta, quedamos "consternados. Pero luego las siguientes nos "dieron un grato alivio, por hacernos saber

" que usted se encontraba entre esos santos
" padres de la mision cristiana... Me dirijí al Ya-
" men imperial a entablar una seria reclamacion
" ante el príncipe Tong, con motivo del escán-
" dalo de Tien-Hó. Su excelencia manifestó un
" júbilo desordenado. Porque, si como particu-
" lar lamenta la ofensa, el robo i las pedradas
" de que mi huésped fué víctima; como ministro
" del Imperio ve que se le presenta una magnífi-
" ca oportunidad para arrancarle al pueblo de
" Tien-Hó, por multa i en castigo de la injuria
" hecha a un estranjero, la linda suma de *tres-*
" *cientos mil francos*, o, segun los cálculos de
" nuestro sagaz Meriskoff, *cincuenta i cuatro*
" *contos de reis*, en la moneda de su bello pais!
" Este es, como dice Meriskoff, un excelente re-
" sultado para el Erario imperial; i la oreja de
" usted queda así con exceso vengada...

" Aquí empiezan a picar los primeros frios, i
" ya estamos usando pieles.

" El buen Meriskoff se ha enfermado del híga-
" do; pero el dolor no altera su criterio filosófi-
" co ni su sabia verbosidad...

" Hemos tenido una contrariedad mui gran-
" de: el lindo perrito de la buena señora Ta-
" garieff, esposa de nuestro querido secretario,

"el adorable *Tu-tu*, desapareció en la mañana
"del 15... Hice en la policía urjentes instancias;
"pero el *Tu-tu* no nos fué restituido,—i el senti-
"miento ha sido tanto mayor cuanto que se
"sabe que el populacho de Pekin aprecia estre-
"madamente estos perritos, guisados en al-
"míbar.

"Ha tenido lugar un hecho abominable i de
"funestas consecuencias: la esposa del ministro
"de Francia, esa petulante madame Grijon, esa
"*rama seca* (como dice nuestro Meriskoff), en
"la última comida de la legacion, despreciando
"todas las reglas internacionales, dió el brazo,
"su escuálido brazo, i su derecha en la mesa, a
"un simple adicto ingles, lord Gordon! ¿Qué me
"dice usted de esto? ¿Es creible? ¿Es racional?
"Es destruir el órden social! El brazo, la dere-
"cha, a un adicto, un escoces de color ladrillo,
"con un vidrio atornillado en el ojo, estando
"presentes todos los embajadores, los ministros
"i yo! Esto ha causado profunda sensacion en
"el cuerpo diplomático... Esperamos instruc-
"ciones de nuestros gobiernos. Como dice Me-
"riskoff, moviendo tristemente la cabeza—la
"*cuestion es grave... mui grave*!—Lo que prue-
"ba (i nadie lo duda) que lord Gordon es el Ben-

" jamin de la *rama seca*. ¡Qué podredumbre!
" ¡Qué lodo!

" La jenerala no se halla bien desde su partida
" para la malhadada Tien-Hó; el doctor Pagloff
" no logra descubrir su mal; es una languidez,
" un desfallecimiento, una melancólica indolen-
" cia que la mantiene por horas i horas inmóvil
" sobre el sofá en el *Pabellon del Reposo Discre-*
" *to*, con la mirada vaga i los labios desbordan-
" tes de suspiros... Yo no me engaño: se perfec-
" tamente lo que la está minando: es la desgra-
" ciada dolencia de la vejiga, efecto de las malas
" aguas miéntras estuvimos en la legacion de
" Madrid... ¡Hágase la voluntad del Señor!... Me
" pide ella le envíe en su nombre *un petit bon-*
" *jour*, i desea que mi huésped, apénas llegue a
" Paris, si va a Paris, le remita por la balija de
" la embajada para San Petersburgo (de ahí
" vendrán a Pekin) dos docenas de guantes de
" doce botones, número *cinco* i *tres cuartos*,
" marca *Sol*, de los almacenes del Louvre; como
" tambien las últimas novelas de Zola, MADE-
" MOISELLE DE MAUPIN, de Gautier, i una caja de
" frascos de *Opoponax*.

" Olvidaba decirle que cambiamos de panade-
" ro: ahora nos proveemos en la panadería de

" la Embajada inglesa: dejamos la de la Emba-
" jada francesa para no tener comunicaciones
" con la *rama seca*. Éstos son los inconvenien-
" tes de no tener en la Embajada rusa una pa-
" nadería—a pesar de tantas comunicaciones i
" de tantos reclamos que, a este respecto, he di-
" rijido a la cancillería de San Petersburgo! Bien
" saben allá que en Pekin no hai panaderías, que
" cada legacion tiene la suya propia, como ele-
" mento de instalacion i de influencia. Pero ¡qué!
" en la corte imperial se desatienden los mas se-
" rios intereses de la civilizacion rusa!...

"Creo que es todo lo que hai de nuevo en Pekin
" i en las legaciones. Meriskoff le presenta sus
" saludos, lo mismo los demas de esta embajada;
" como tambien el condesito Arturo, Zizi de la
" legacion española, *Hocico caido* i Lulú; en fin,
" todos; yo mas que nadie, i me suscribo con
" especial afecto,

JENERAL CAMILLOFF."

"*P. S.*—En cuanto a la viuda i familia de Ti-
" Chin-Fú, hubo un error: el astrólogo del tem-
" plo de Faqua equivocóse en la interpretacion
" sideral: no es realmente en Tien-Hó donde re-
" side esa familia... Es hácia el sur de la China,
" en la provincia de Canton. Pero tambien hai

" una familia Ti-Chin-Fú mas allá de la Gran
" Muralla, casi en la frontera rusa, en el distrito
" de Ka-ó-li. Ambas han visto morir su jefe; a
" ambas asaltó la pobreza... Por consiguiente,
" esperando nuevas órdenes, no he sacado el di-
" nero de la casa Tsing-Fó. Esta reciente infor-
" macion me ha sido enviada hoi por el príncipe
" Tong, junto con una deliciosa compota.

"Debo anunciarle que nuestro buen Sa-Tó apa-
" reció aquí, de vuelta de Tien-Hó, con un labio
" partido i leves contusiones en un hombro, ha-
" biendo apénas podido salvar del equipo saquea-
" do una litografía de Nuestra Señora de los Do-
" lores, que, por la inscripcion con tinta, veo ha
" pertenecido a su respetable mamá... Mis va-
" lientes cosacos quedaron por allá en medio de
" una poza de sangre. Su excelencia el príncipe
" Tong condesciende en pagarnos diez mil fran-
" cos por cada uno, de las sumas arrancadas al
" pueblo de Tien-Hó... Sá-Tó me dice que si mi
" huésped, como es natural, empieza de nuevo
" sus viajes a través del Imperio en busca de los
" Ti-Chin-Fú, se consideraria mui honrado i ven-
" turoso en acompañarle, con una fidelidad ca-
" nina i una docilidad cosaca...

"CAMILLOFF"

—Nó! nunca!—rují con furor, arrugando la carta, monologando, a largos pasos por el melancólico claustro.—Nó, por Dios o por el Demonio! ¿Volver a rodar por los caminos de la China? ¡Jamás! ¡Oh, suerte grotesca i desastrosa! Dejo mis comodidades del Loreto, mi amoroso nido de Paris, vengo arrastrado por las olas que provocan las náuseas del mareo, de Marsella a Shang-Hai, sufro las pulgas de los barcos chinos, la fetidez de las callejuelas, las nubes de polvo de los caminos áridos,—¿i para qué? Tenia un plan, que llegaba hasta los cielos, grandioso i con los atavíos de un trofeo: en él brillaban, en toda su estension, toda suerte de buenas acciones; i hé aquí que lo veo caer derribado, pieza por pieza, en completa ruina. Queria dar mi nombre, mis millones i la mitad de mi lecho de oro, a una señora Ti-Chin-Fú—i no me lo permiten las preocupaciones sociales de una raza bárbara! Pretendo con un boton de cristal de Mandarin, reconstituir los destinos de la China, darle la prosperidad civil—i la lei imperial me lo niega. Deseo derramar mis dádivas sin fin sobre esa plebe hambrienta—i los ingratos me hacen correr el peligro de ser decapitado como instigador de rebeliones! Vengo a enriquecer una ciudad—i la

turba tumultuosa me apedrea! Iba, por fin, a proporcionar la abundancia, el conforte loado por Confucio, a la familia Ti-Chin-Fú—i esa familia desaparece, disuélvese como el humo, i otras familias Ti-Chin-Fú se presentan aquí, allá, vagamente, al sur, al oeste, como luces engañadoras...I habia de ir a Canton, a Ka-ó li para esponer la otra oreja a los brutales ladrillazos, para tener que huir de nuevo por los descampados, cojido de las crines de un caballo? ¡Jamas!

Me detuve; i alzando los brazos, dirijiéndome a las bóvedas del claustro a los árboles, al aire silencioso i apacible que me envolvia:

—¡Ti-Chin-Fú!—clamé—¡Ti-Chin-Fú! Para aplacarte hice lo que era racional, jeneroso i lójico! ¿Estás por fin satisfecho, letrado venerable, tú, el de ese lindo papagayo i la panza oficial? ¡Háblame! ¡Háblame!.....

Escuché, miré; la roldana del pozo, en aquel instante del mediodía, crujia a intervalos en el patio; bajo las moreras, a lo largo de la arquería del claustro, secábanse sobre papel de seda las hojas de té de la cosecha de octubre; por la puerta a medio cerrar del aula llegaba un susurro de declinaciones latinas; era una severa paz, formada por la sencillez de las ocupaciones, la

honestidad de los estudios, el aire pastoríl de aquella colina, donde dormía, bajo un sol blanco de invierno, el relijioso burgo... I en aquel ambiente sereno, parecióme que de súbito entraba a mi alma una tranquilidad absoluta!

Encendí un cigarro, con los dedos trémulos todavía, i dije, limpiando en mi frente una gota de sudor, estas palabras, resúmen de un destino:

—Bien; Ti-Chin-Fú está contento.

Fuí luego a la celda del buen padre Julio. Encontrélo leyendo su Brevario junto a la ventana, mascando desganadamente unos confites, con el gato del convento afirmado en el cuello.

—Reverendísimo, me vuelvo a Europa... ¿Alguno de nuestros buenos padres irá por acaso en mision hácia el lado de Shang-Hai?...

El venerable Superior se puso sus anteojos redondos, i hojeando con uncion un gran rejistro lleno de caractéres chinos, empezó a murmurar:

—Quinto dia de la décima luna...Sí, hai el padre Anacleto que va a Tien-Tsin, a la novena de los hermanos de la Santa Infancia. Duodécima Luna... El padre Sanchez va tambien a Tien-Tsin, a la obra del Catecismo para los Huérfanos... Sí, querido huésped: usted tiene compañeros para el Oriente...

—¿Mañana?

—Mañana. Es dolorosa la separacion en estos confines del mundo, cuando las almas se comprenden en Jesus...Que nuestro padre Gutierrez le provea de todo lo necesario... Nosotros ya lo amábamos como a un hermano, Teodoro... Coma un confite, son deliciosos... Las cosas hállanse en feliz calma cuando están en su lugar i en su natural elemento: el lugar del corazon del hombre está en el corazon de Dios: i el suyo está en ese asilo seguro... Coma un confite. ¿Qué es eso, hijo mio? ¿qué es eso?

Estaba colocando sobre su Brevario abierto, en una pájina del Evanjelio de la pobreza, un rollo de billetes del *Banco de Inglaterra*; i tartamudeé:

—Mi reverendísimo, para los pobres...

—Excelente, excelente... Que nuestro buen Gutierrez le arregle una abundante provision... *Amen*, hijo mio... *In Deo omnia spes!*...

Al siguiente dia, entre el padre Anacleto i el padre Sanchez, montado en la mula blanca del convento, bajé del burgo, miéntras sonaban las campanas. I nos dirijimos a Hiang-Hiam, negra villa rodeada de murallas, donde abordan los barcos que bajan a Tien-Tsin. Ya las tierras a la dis-

tancia de Pei-Hó estaban todas blancas de nieve; en las ensenadas bajas el agua empezaba á helarse; i envueltos en pieles de carnero, alrededor del fuego, en la popa del barco, los buenos padres i yo conversábamos de los trabajos de los misioneros, de cosas de la China, i a veces de los intereses del cielo—miéntras viajaba en torno, sin cesar, el gran frasco de jinebra...

En Tien-Tsin separéme de aquellos santos compañeros. I de ahí a dos semanas, un mediodía de tibio sol, fumando mi cigarro puro i observando el movimiento de los malecones de Hong-Kong, paseábame sobre la cubierta del *Java*, que iba a levar ancla con rumbo a Europa.

Fué un instante conmovedor para mí, aquel en que ví, a las primeras vueltas de la hélice, alejarse la tierra de la China.

Desde que desperté, aquella mañana, secreta inquietud habíase apoderado nuevamente de mi alma. Pensaba en que mi viaje a aquel vasto imperio habia tenido por objeto acallar por la expiacion una medrosa protesta de la conciencia; i por fin, empujado por nerviosa impaciencia, partia, sin haber hecho mas que deshonrar los bigotes blancos de un jeneral heróico, i recibir

una pedrada en la oreja en una villa de los confines de la Mongolia.

¡Estraño destino el mio!...

Hasta el anochecer estuve recostado sombríamente sobre el buque, mirando el mar sereno, como enorme pieza de seda azul, doblarse a los lados en dos suaves pliegues; poco a poco grandes estrellas titilaron en la negra concavidad; miéntras en la sombra, la hélice marcaba su ritmo. Entónces, sintiendo lijera fatiga, me fuí errando por el buque, mirando, aquí i allá, la iluminada brújula; los montones de cabrestantes: las piezas de la máquina, en resplandeciente claridad, moviéndose cadenciosas; las chispas que saltaban del cañon, en una columna de humo negro; los marineros de barba rubia, inmóviles en la rueda del timon; i las formas de los pilotos, sobre el puntal, encumbradas i medio disueltas en la noche. En el *cabin* del capitan, un ingles de casco de corcho, rodeado de damas que bebian coñac, tocaba melancólicamente en la flauta el aria de *Bonnie Dundee*...

Eran las once cuando bajé a mi camarote. Las luces ya estaban apagadas; pero la luna que se levantaba al nivel del agua, redonda i blanca,

bañaba el vidrio del *cabin* con un rayo de claridad: i entónces, en esa media tinta pálida, ví tendida sobre la hamaca la figura panzuda, vestida de seda amarilla, con su papagayo entre los brazos!

¡Era *él*, otra vez!

I fué *él* perpetuamente! Fué él en Singapore i en Ceylan. Fué él quien apareció en los arenales del desierto cuando atravesamos el canal de Suez; adelantándose a la proa de un barco de provisiones, cuando paramos en Malta; deslizándose sobre las rosadas montañas de la Sicilia; emerjiendo de las neblinas que envuelven el peñon de Gibraltar! Cuando desembarqué en Lisboa en el muelle de las columnas, su figura panzuda llenaba todo el arco de la calle Augusta; su vista oblicua se fijaba en mí—i los dos ojos pintados de su papagayo parecian fijarse en mí tambien...

VIII.

ENTÓNCES, seguro de que jamas podria aplacar a Ti-Chin-Fú, pasé toda esa noche en mi dormitorio del Loreto, donde como en otra época, las velas innumerables de los candelabros daban a los damascos tonos de sangre fresca, pensando en sacudir de mí, como un adorno de pecado, esos millones sobrenaturales. I acaso así me libraria de aquella panza i de aquel papagayo abominable!

Abandoné el palacete del Loreto i mi existencia de Nabab. Fuí, con un levita relumbroso, a renovar el alquiler de mi cuarto en casa de la señora Marques; i volví a la oficina, con el espinazo encorvado, a implorar mis veinte mil reis mensuales i mi modesta pluma de amanuense...

Pero un sufrimiento mayor vino a amargar mis dias. Juzgándome arruinado,—todos aquellos a quienes humillara mi fausto, me cubrieron de ofensas, como se cubre de basuras la derri-

bada estátua de un príncipe caido. Los diarios, en un triunfo lleno de ironía, ridiculizaban mi pobreza. La aristocracia, que tantas veces tartamudeara adulaciones a los piés del Nabab, daba órden ahora a sus cocheros de atropellar en la calle el cuerpo enclenque del escribiente de secretaría. El clero, que yo enriqueciera, acusábame de *hechicero;* el pueblo me lanzó piedras; i la señora Marques, cuando me quejaba humildemente de la dureza granítica del biftec—se ponia las manos en jarra i gritaba:

—¡Vean el compunjido! ¿Qué mas quiere usted? ¡Pues, muérdase! ¡Vaya con el capricho!...

I, a pesar de esta expiacion, el viejo Ti-Chin-Fú estaba ahí siempre ante mi vista, obeso i amarillo;—porque sus millones, que dormian ahora tranquilos e intactos en los Bancos, aún eran mios! Desgraciadamente, mios!

Entónces, indignado, volví un dia súbitamente i con grande estruendo a mi palacete i a mi lujo. Por la noche mis ventanas resplandecieron en el Loreto, i por la gran puerta abierta, viéronse como ántes negrear en sus libreas de seda negra, las grandes hileras de lacayos decorativos.

Luego, Lisboa, sin titubear, arrastróse a mis piés. La señora Marques me llamó, llorando, *hi-*

jo de su corazon. Los diarios diéronme los calificativos que, por antigua tradicion, pertenecen a la Divinidad: fuí el *Omnipotente*, fuí el *Omnisciente!* La aristocracia me besó las manos como a un tirano, i el clero me incensó como a un ídolo. I mi desprecio por la humanidad fué tan grande,—que se estendió hasta el Dios que la creó.

Desde entónces una saciedad enervante me mantuvo por semanas enteras en un sofá, mudo i taciturno, pensando en la dicha del *no ser*...

Una noche, vagando a solas por una calle desierta, encontré en mi camino al personaje vestido de negro, con un paraguas debajo del brazo; el mismo que en mi feliz cuartucho de la calle de la Concepcion me hizo heredar, a un *tilin* de campanilla, tantos detestables millones. Corrí hácia él i, cojiendo los faldones de su levita, grité:

—¡Líbrame de mis riquezas! ¡Resucita al Mandarin! ¡Vuélveme la paz de la miseria!

Se pasó gravemente el paraguas al otro brazo, i respondió con modo afable:

—No puede ser, mi apreciado señor, no puede ser...

Arrojéme a sus piés en una súplica abyecta; pero ví tan sólo delante de mí, bajo una desma-

yada luz de gas, la forma escuálida de un perro que olfateaba la basura.

No he vuelto a encontrar a ese individuo. I ahora me parece el mundo un inmenso monton de ruinas, sobre las cuales mi alma solitaria, como espatriado que va errante por un camino de rotas columnas, jime sin cesar...

Las flores de mis aposentos se marchitan sin que nadie las renueve; toda la luz no brilla para mí mas que un cirio; i cuando vienen las amorosas mujeres, envueltas en la blancura de sus peinadores, a compartir mi lecho, lloro—como si viese la amortajada lejion de mis alegrías difuntas...

Me siento morir. Tengo hecho mi testamento. Lego en él mis millones al Demonio; le pertenecen; que los reclame i los reparta...

I a vosotros, hombres, os lego apénas, sin comentarios, estas palabras: "*Sólo sabe bien el pan que ganan dia por dia nuestras propias manos; nunca mateis al Mandarin!*"

I todavía, al espirar, me consuela de modo prodijioso esta idea: que de Norte a Sur i de Occidente a Oriente, desde la Gran Muralla de la Tartaria hasta las ondas del Mar Amarillo, no

quedaria vivo un solo Mandarin en todo el vasto Imperio de la China, si tú, tan fácilmente como yo, pudieses suprimirlo i heredar sus millones, ¡oh lector, criatura improvisada por Dios, obra mala de mala arcilla, mi semejante i mi hermano!

Fin.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

ERRATAS NOTABLES

PÁJ.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
7	3	temblar a ratos	temblarles a las ratas
7	9	Lentes	Doctores
26	25	calsas	pantalones
50	16	desarman	desarmaran

5.000
Rosa chilena

-AN
-LEI
-SEV